LAS/12

MIRADA DE MUJERES
EN PAGINA/12
30 DE JULIO 1999
AÑO 2 • NÚMERO 68



El piropo

SOCIEDAD

Del cielo bajó un pintor...

POR MARIA MORENO

El piropo es esa manera de "hablo y me voy" con que, mediante el lenguaje, puede accederse al paso a la mujer prohibida o, al menos, no en disposición. Caído en desuso por lo que se llama pomposamente progreso de las costumbres, sigue siendo un ejemplo de arte efímero aunque la originalidad, la rapidez, la espontaneidad y la calidad del texto se reduzcan a un minimalista ¡Potra!

Avenida Santa Fe. Años cincuenta. Las chicas van de a dos como las niñas de los ojos –una es rubia y la otra morocha–. Llevan el clásico tailleur de pollera recta dictado por la moda, una en beige, la otra en azul marino. Los sombreritos de fieltrina se diferencian apenas en los adornos en rayón y los cuatro tacos de los zapatitos son rigurosamente iguales: miden seis centímetros. En dirección contraria, avanza lo que entonces se denominaba "tiburón" o "gavilán", un tipo cuya única obsesión en los últimos tiempos ha sido elegir entre el traje derecho y el cruzado. Usa bigote anchoa y pelo suavemente ondeado y suele leer la revista *Rico Tipo* adonde las chicas dialogan de este modo: "–Me agrada la música, anoche fui a un concierto. –Lo preveía por tu frescura, se ve que has dormido bien." Sin dejarse intimidar por las imponentes carteras de becerro con forro de cuero que pueden funcionar mejor que una cachiporra, el tipo echa el aliento en la orejita de la que tiene más a tiro –la rubia– y desliza un estrepitoso "¡Budinazo!". La escena, extraída en forma de collage del libro *Buenos Aires, vida cotidiana en la década del 50*, de Ernesto Goldar, es apenas una postal del instante en que se desliza un piropo, esa manera de "toco", mejor dicho "hablo y me voy" con que, mediante el lenguaje, puede accederse al paso a la mujer prohibida o, al menos, no en disposición. Desaparecido en acción en la medida en que las mujeres dejaron de ser intocables y empezaron a imponer su deseo, el piropo bien podría ser una pista de la historia de nuestro país. Del mismo modo, en el pasaje de sus metáforas panaderas ("bomba","bombón", "budinazo") a las mecánicas ("¡qué gomas!" "sos un tanque", "¿qué comés?, ¿bulones?"), hay una inopinada materia para sociólogos.

Hay piropos que se sacan de la tradición como "Se la cambio por mi papá"; otros, que se lucen en la ocasión. En ese sentido uno muy ocurrente se lo dijo una mujer a otra: la escritora Silvina Ocampo estaba conversando en el living de su casa con una joven periodista y un profesor norteamericano. De pronto el hombre dijo: "Bueno, me retiro, voy a abandonar esta hermosa conversación". Con mirada maliciosa Silvina miró a la periodista y le dijo: "Te llamó *conversación*. ¿Qué raro, no?".

MÁS VALE PROMETER QUE REALIZAR

Cuando los psicoanalistas, la generación de paz y amor, los jóvenes calenturientos que no le tenían miedo a papá y hasta la izquierda consideró que practicar el sexo era tan sano que incluso contribuía a la mayor venta de periódicos partidarios, el piropo quedó asociado a una masturbación al paso, a un coito interrupto que se iba en palabras. ¿Por qué hablar en lugar de hacer? O mejor dicho, por qué hacer una inversión si, de antemano, se sabe que no hay beneficios. El psicoanalista Germán García comenta a su colega Jacques Alan Miller que, ante la sorpresa ignorante de otros lacanianos que creen en la altura de las cosas serias, se ha ocupado de un tema aparentemente trivial como el piropo.

"Miller marca varias cosas –comenta García–: una es que quien lanza el piropo no quiere retener a la mujer, se trata de un mensaje erótico pero de un desinterés profundo, lo cual lo emparenta con la actividad estética, no es una estrategia de levante, *es un corte entre el decir y el hacer*. Por eso se sabe que a los viejos les gusta decir piropos. Se trata de una narración ejemplar del lenguaje como una acción y no como medio para una acción. Sin embargo el piropo no es tan desinteresado en cuanto espera la sanción del otro. Porque sino ¿qué función puede cumplir un tipo que va caminando por la calle piropeando a las mujeres que le parecen bellas o agradables o lo que sea? La de saber si él acierta o no con el deseo de ellas. Una reacción de indiferencia de la piropeada puede demostrar que él no está a la altura de su función, en cambio una sonrisa que sanciona lo dicho como gracioso o ingenioso reconoce al tipo como bien colocado respecto de su postura masculina. De manera que, si la respuesta que da una mujer es la que yo espero, ella se convierte en un objeto que necesito para estar bien ubicado respecto de mi virilidad, en cambio si la respuesta no es la que yo espero, si bien puede revelar algo de mi propia falla como tipo, también ella cae como objeto adecuado. Entonces viene eso de ¿vos qué te creés que sos?, ¿de qué te las das?".

En estos casos hay un *por delante* y *por detrás* –dicho esto sin ánimo de segundas intenciones–. Supongamos que el piropeador declama con rima y todo: "Tienes una carita/ tan colorada/ que dejas a las guindas/ abochornadas". Y recibe un sonoro "¡pero qué boludo!". Entonces, mientras la mina se aleja, puede que le grite como abrazado a un rencor: "¡Andá, aparte de los tampones, ¿quién más te ha cogido?".

Los chistes de la década del 50 solían mostrar como hábiles piropeadores a los mecánicos acostados debajo de un coche, a los albañiles montados en sus andamios, a los trabajadores de Obras Sanitarias que asomaban su cara cómica con la tapa de la cloaca sobre la cabeza. Es que tenían visiones privilegiadas. Germán García explica: "Cuando un tipo dice algo y recibe una sanción positiva, es evidente que por un instante se suspenden las jerarquías sociales, las diferencias de clase, económicas, sexuales, políticas y existe a través de una metáfora, una pequeña adecuación poética. Los grandes piropeadores de la ciudad son los tipos que están haciendo un trabajo al aire libre porque son los que tienen la posibilidad escópica de registrar cosas bellas y ninguna posibilidad real de apropiarse de ellas. Ahí se ve clara la función sublimatoria de la creación artística, al igual que el chiste que sublima algo de la tensión sexual, agresiva o política, el piropo sublima algo de esa tensión porque, muy curiosamente, cuando uno tiene más posibilidad de acceder a relaciones con mujeres, más vergüenza le dará decir piropos. Digamos que a un habitante de la facultad que puede tener acceso a su compañera de estudios, seguramente le



daría vergüenza decirle un piropo, pero el albañil de enfrente se lo puede decir cuando sale de la facultad ya que da por descontado que la distancia social demuestra su buena fe, en el sentido de que él no quiere acceder a ella sino homenajearla".

Será por eso que muchas mujeres exitosas y de clase media extrañan la audacia y el ingenio que encuentran al borde de una obra en construcción y el mito es que la clase media es timorata o teme el apelativo de "baboso". Sin embargo quizás también sea un mito de varones de clase media el suponer que no existen hombres y mujeres que transgreden los límites de clase, de sexo, de edad y poder adquisitivo para establecer vínculos que tienen la misma posibilidad de fracaso que los definidos como atinados y que tal vez hayan empezado por un piropo.

FLORES Y MACETAS

Hay en el piropo algo equívoco, el sentido de la oportunidad es fundamental y la diferencia entre una sonrisa y un carterazo, de esos que propinaban las suegras en el cine nacional. El semiólogo Oscar Steimberg recuerda un tango titulado "Cuidado con los cincuenta" que aludía a los 50 patacones que debía pagar el piropeador si la dama denunciaba. Es él quien se anima con un *piropiario.* "El piropo es eso que el diccionario denomina requiebro en el sentido de 'lisonjear a una mujer alabando sus atractivos'. Luego está el contrapiropo, que es como un agravio, y el autopiropo, una demostración de ingenio ante un público de pares, la famosa patota. El contrapiropo puede ser de frente o de perfil. El de frente es de a dos con la mujer. El de perfil es el que se dice para los otros y es como una demostración de las posibilidades de agresividad. Este se le dice a la mujer a la suficiente distancia como para que ella no lo pueda oír". La escena es previsible, sobre todo ahora que la mayoría de las mujeres han dejado de lavarse la boca con agua de rosas y se teme sus respuestas. Los tipos están sentados en un bar tomando una cerveza, cuando pasa una deseada. La miran sin chistar, pero cuando ya no está al alcance de las palabras machas, uno se encocora y dice, por ejemplo: "Los que se masturban pensando en vos se mueren de sobredosis". Y los otros aplauden.

Ahora las chicas dicen piropos, pero la metáfora compleja suele brillar por su ausencia y se limita al grito de "potro", cabe aclarar que esa síntesis no es patrimonio de su género. Pero sí puede que las chicas no piropeen, en cambio responden y eso desde las primeras décadas del siglo, si no basta ver las películas de la Argentina Sono Film para advertir las barrabasadas ingeniosas, aunque un tanto ingenuas, que Niní Marshall o Paulina Singerman repartían entre otarios de retórica pusilánime. "Me acuerdo de una terraza grande adonde había adolescentes en la época en donde todavía uno se trataba de usted –recuerda Steimberg–. Un chico le dice una especie de piropo a una chica (estaban jugando un juego que tenía que ver con algo así como la espacialización del territorio). Y la chica le respondió: '¿Usted vive en la calle Carabobo?'."

La historiadora y socióloga Dora Barrancos elige hablar del lado de las piropeadas: "Tengo la impresión de que esto del piropo es muy urbano y muy porteño y que en el interior se utilizan más los ojos y la voz. En las décadas del 40 y 50 se daba la llamada vuelta del perro adonde había mucha producción de piropos. Generalmente los domingos y en el circuito de una plaza en donde las muchachas iban en un sentido y los muchachos, en otro. Acá se piropeaba mucho por Florida, Avenida de Mayo, Santa Fe. Me ha comentado una viejita que al principio las mujeres no subían a los colectivos porque eran lugares de hombres, tipos de cuello blanco y traje que venían de trabajar. En cambio sí tomaban el tranvía y en el subir y en el bajar había un alto tránsito para el piropo".

Para Dora Barrancos, en las primeras décadas del siglo, antes de las paulatinas liberaciones del trabajo femenino masivo, la permisividad de los bailes sin madres o chaperonas y el cine con novio permitido, el piropo era el derecho del varón para con la mujer considerada "indecente": "A mí me parece que en el 20 hubo un aumento de la participación femenina en las actividades de servicios, como la de las telefónicas, jóvenes solteras –no las tomaban casadas–, por ejemplo. Eran mujeres que no estaban aisladas, que comunicaban, hablaban con hombres. Por eso tenían tan mala fama. En ese momento se desarrolló una enorme desconfianza con las trabajadoras, estaban en riesgo porque ese estado público de sus vidas hacía públicas a las mismas mujeres. Entonces, en principio, el piropo es una afrenta a ellas. Además yo creo que no es lo mismo un piropo dicho en 1915, sin ninguna alusión carnal, que otro dicho en los cincuenta, en la medida en que las mujeres se pueden exhibir un poco más y adonde ya no salen con la mamá. Entonces el piropo –y después el seguimiento– se convierte en la posibilidad de un levante real. Se puede decir que, si el deseo se realiza, acaba como piropo".

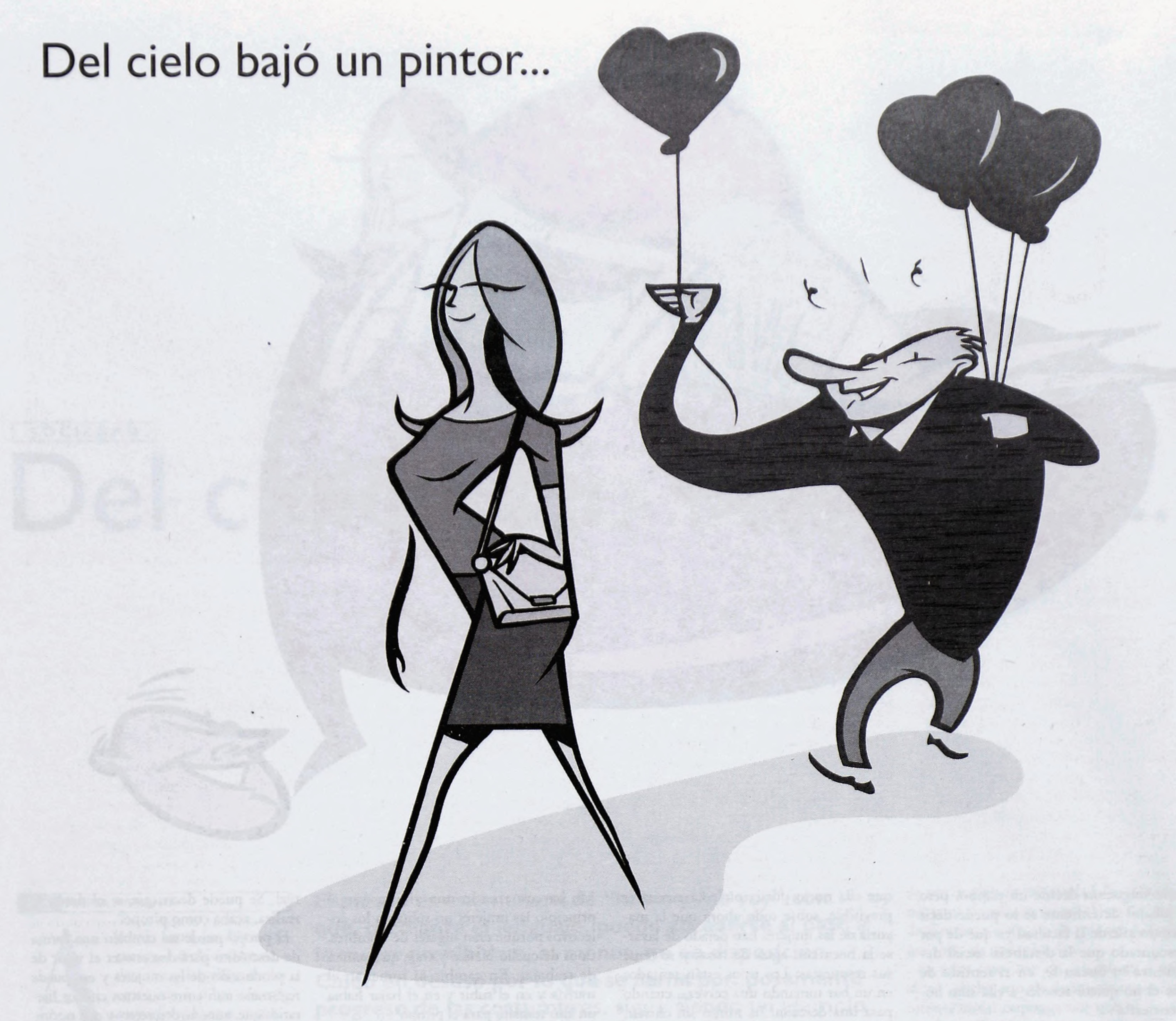
> "El piropo es eso que el diccionario denomina requiebro en el sentido de 'lisonjear a una mujer alabando sus atractivos'. Luego está el contrapiropo, que es como un agravio, y el autopiropo, una demostración de ingenio ante un público de pares, la famosa patota".

El piropo puede ser también una forma de descrédito para desconocer el valor de la producción de las mujeres y eso puede registrarse aun entre nuestros críticos literarios que, aunque descreen –y con razón– que pueda conceptualizarse una literatura *femenina,* no pueden evitar dejar deslizar en sus críticas de libros realizados por escritoras la huella del piropo aun bajo una de sus formas: el agravio. "Me acuerdo –dice Barrancos– cuando Matienzo presentaba tesis de mujeres en filosofía. Declamaba que reconocía el valor de la presencia colorida, florida y engalanadora de las chicas en filosofía, no se le ocurría asignarles el valor del conocimiento que, en cambio, asignaba a los varones, sino en calidad de decoraciones del aparato institucional. A mí me parece que el piropo en el salón científico, en el literario es la imposibilidad de reconocer valor al objeto de trabajo femenino".

DE BÉCQUER A JAIMITO

Pasó la época de los gavilanes peinados con Glostora y cola de pato, la virilidad bien sostenida por suspensores Clipper y subrayada por ofertas de La Mondiale, que se apostaban a la salida de la fábrica para soltar al paso de una cadena de chicas con cinturete y peinadas a la banana una tímida metáfora pastelera (si el gavilán era viejo, podía elegir a una sola y

Del cielo bajó un pintor...



poner celosa a las otras con una antigualla tipo: "Si usted fuera picaflor/ y yo la viese volar/ por seguirla correría /por cielos, tierra y mar"). Pasó también aquella adonde el varón experimentaba la presencia de la mujer sola en la calle como una máquina de artillería pesada y entonces elogiaba el chasis o las gomas. La cibernética ha puesto de moda el piropo alargado, una importancia retórica donde también, como en el piropo, los cuerpos pueden pasar de largo. "Si uno piensa que hay algo del piropo que ha retornado –dice Germán García– es porque ha retornado también, terminado el sueño de los sesenta, la diferencia entre decir y hacer. Y para mí es evidente que esto está ligado al tema del sida. Vuelve el tango que es una manera de hacer el amor sin hacerlo, el chateo, todo tipo de actividades que implican el no contacto físico, mientras que en los sesenta decir y hacer era lo mismo".

Pero si la sustitución del hacer por el decir que define al piropo tiene su relevo por Internet, es menos común encontrar en la red sites becquetianos adonde encontrar coplas a lo "Del cielo bajó un pintor..." que refranes, cuartetas y otros géneros dignos de la retórica escatológica del célebre niño Jaimito. Mr. Rafa Tamarit ofrece en la red el *Manual del psicópata*, uno de cuyos capítulos está dedicado al piropo. Comienza su selección "poética" con una instrucción que juzga imprescindible para piropear a las mujeres: "Una regla importante es que disimules y no les digas que lo que realmente te gusta de ellas son sus intestinos. Una mujer no se sentirá ofendida si la miras discretamente, pero masturbate sólo si no se da cuenta". He aquí algunas *delikateseen* del fino Tamarit: "Qué dientes tan interesantes, ¿los escogiste en un catálogo?", "Con esa cara, seguro que tu madre se emborrachaba antes de amamantarte", "Se te nota muy sana. Tienes garrapatas del tamaño de murciélagos".

Hoy hay piropos en las calles de Buenos Aires que más bien parecen eyaculaciones verbales. En ese sentido el piropo, cuando inventa "asesina", "ladrona", "matadora", al menos sublima con la ironía.

También en la red un tal Mario Carlón (su apellido está inefablemente ligado con su tema) practica el viejo truco de afirmar haber recibido de autor anóhimo un valioso material que propone una semiología del piropo de acuerdo con el estado de borrachera del piropeador. (El material fue proporcionado por Oscar Steimberg.)

Según el "semiólogo silvestre o espontáneo" difundido por Carlón, una copita de anís lleva a decir cosas tipo "¿De qué juguetería te escapaste... muñeca?" o "Quién fuera bizco para verte dos veces". Si a la copita de anís se le agregan dos vasos de vino fino, la producción verbal puede ser como ésta: "En esta noche, yo te ofrezco mi estufa, no tiene pilas ni cables pero igualmente se enchufa". Un tetra, tres cervezas y un pisco sour llaman a las musas a dictar algo así como "¿Jugamos a los muertos vivos? Vos te tirás al piso y te hacés la muerta, yo me tiro arriba tuyo y me hago el vivo". A medida que Carlón va aumentando la proporción de alcohol en sangre de sus objetos de estudio, la creación va poniendo cada vez más a los esfínteres femeninos como protagonistas. La dignidad de **Las/12** que está integrado por damas y no por damajuanas, lo que invitaría a replicar a Carlón con una versión de piropos etílicos para varones, nos impide reproducir los pergeñados luego de ingerir tres tetras, seis cervezas, un vodka con cerveza, un whiscola y probar de lo que pidieron los demás. Por pudor nos quedamos en el ítem anterior en donde dos tetras, cinco cervezas y un vodka con naranja sutilizan: "Me gustaría ser heladero... para darte Sin Parar". Sin que hubiera pruebas de que el sujeto de la anécdota hubiera bebido, el psicoanalista Germán García ha recogido esta perla de mingitorio: "Lo más atroz que escuché como piropo fue en una ocasión en que yo iba en un taxi y el taxista se asomó y le dijo a una chica: 'Decime quién te coge que le chupo la pija'. Lo más increíble fue el ofrecerle a la mujer como exaltación el sacrificio de su virilidad".

Ezequiel Martínez Estrada en su libro *La cabeza de Goliat*, al observar esas multitudes de ambos sexos que andan por las calles de Buenos Aires, se preguntaba si no había *un problema del sexo* entre los argentinos. Una especie de ambivalencia hacia el deseo que a menudo lo convierte en odio. Ya lo dijo Viñas: lo fundante en la literatura nacional es la violación. En *El matadero* de Echeverría es un intento y una amenaza que constituyen el sustento del relato. El sexo aparece bajo la forma de una violación fingida en la "Emma Zunz" de Borges y, entre Olivera y la Maga de la *Rayuela* de Cortázar, el encuentro sexual apela a las palabras "vejación", "uso" "aniquilación".

Hoy hay piropos en las calles de Buenos Aires que más bien parecen eyaculaciones verbales. En ese sentido el piropo, cuando inventa "asesina", "ladrona", "matadora", al menos sublima con la ironía.

Groserías aparte –las del piropo/ agravio, que harían reír al gran cochino Francois de Rabelais por su pobreza de ingenio– habría que coincidir con Oscar Steimberg en su calificación del piropo como uno de los géneros del repentismo: "Después de todo el arte del piropeador es parecido al arte del payador, del improvisador. Porque el tipo se luce en ese piropo de perfil, dirigido a la audiencia, por la originalidad, la rapidez, la espontaneidad y la calidad del texto". Lo cierto es que los verdaderos artistas del piropo son los que aprovechan la casualidad para la ocurrencia. Como aquel viejo borracho que, recostado en una columna de la Recova del Once y mientras escuchaba vocear al diariero la noticia de la muerte de Marilyn Monroe, miró las curvas de una chica que pasaba y se preguntó: "¿Quién dijo que murió la bomba norteamericana?".

ILUSTRACIONES: AUGUSTO COSTANZO

Un género de seguridad


SANDRA CARTASSO

POR GRACIELA FERNANDEZ MEIJIDE*

Una mujer puede donde un hombre no pudo. Es la respuesta que brindé espontáneamente a una demanda periodística hace varios meses cuando ya estaba en la disputa por la gobernación de Buenos Aires. ¿Por qué una mujer no va a poder hacerse cargo del cambio de una política, la de seguridad, en la que ha fracasado profundamente el actual gobierno bonaerense?

La violencia unida a la corrupción constituye una impresionante trenza en la provincia más grande de la Argentina, la más poblada, tan extensa como Italia y un presupuesto similar al de Chile. El de la seguridad constituye, junto con el empleo, la demanda más fuerte de los ciudadanos del territorio.

Es muy evidente que la naturalización de los conceptos dominantes sitúa –en el imaginario o en la realidad– sin mayores conflictos a las mujeres en la dirección de proyectos de interés social, o en temas de salud pública. La mujer, por su condición de dadora de vida, de sostén de hogares, por su creciente especialización académica, se hace cargo, o es vista como la que se puede hacer cargo, de problemáticas de asistencia. El campo de las finanzas, la empresa y la economía en general tienden a hacer más modesto el protagonismo de la mujer.

El espacio político no presenta muchas diferencias con aquél. Porque, si no fuera por la ley del cupo de sexos, sería muy difícil ver sentadas en los parlamentos provinciales y en el Congreso Nacional, al número de legisladoras que actuamos en estos cuerpos diseñadores de las normas jurídicas.

En la Justicia crece el número de funcionarias, fiscales, juezas de primera y segunda instancia. Pero en el regreso a la democracia nunca se designó a una mujer integrante de la Suprema Corte. Fue, increíblemente, la dictadura de Onganía la que nombró a la primera y hasta ahora única integrante del más alto tribunal.

¿Y las armas? Alguna vez, un hombre de uniforme de una dictadura, argentino y exasperado, masculló que "no las llevamos de adorno". Quizás pensó que el adorno, típicamente femenino en cierta concepción, se enfrentaba al elemento bélico. La sociedad argentina, muy lentamente, y quizás sin tanta conciencia de ello, está incorporando a la mujer al manejo y responsabilidad de las armas. Mujeres policías, en la calle, conduciendo motos y cabalgaduras, portando las mismas armas que sus camaradas hombres son contemporáneas de las que en este momento estudian en el Colegio Militar de la Nación para convertirse en subtenientas del cuerpo de comando para (dar y recibir) órdenes a hombres.

De última, el desafío no es de género, sino de eficacia.

El problema es el del proyecto vigente y de lo que debe hacerse.

La política de seguridad en la provincia demanda: energía serena, presupuestos científicos e instrumentos institucionales que concurren a su construcción. Y ella se manifiesta en prevención y acción policiales, justicia eficaz y rápida y sistema de reinserción de responsable de delitos. La jerarquización y recapacitación del personal policial, revolución tecnológica en el equipamiento comunicacional, de transporte, y para la investigación del delito.

Para el desarrollo de esta propuesta hay que construir una política provincial, es decir, con diálogo y participación de las más amplias mayorías. Existe una exclusión para este consenso: la de los extremistas mesiánicos, que amparados en el gatillo fácil, convocan demagógica e irresponsablemente al armado de los civiles propiciando así el deterioro total de los lazos comunitarios.

La política la construyen los ciudadanos, mujeres y hombres. Son ellos los que enfrentan la más pesada herencia: el crecimiento del delito en Buenos Aires. El registro estadístico es abrumador: de 76 delitos denunciados cada 10.000 habitantes en 1991, cuando asumió el actual gobernador a 148 por cada 10.000 en 1997. Y siempre con el mismo mandatario.

Es necesario clausurar la caja negra del delito, las redes ilícitas que atan a ciertos sectores del poder político con funcionarios policiales. Se deben recordar los datos más brutales: el crimen de Cabezas, el caso Yabrán, el acto terrorista contra la AMIA. La caja negra es la base del desarrollo del narcotráfico y del negocio ilegal de venta de armas. No solamente se trafica poder de fuego a Croacia o Ecuador, sino en las calles de la provincia.

Ese gran delito, el delito de los traficantes y sus cómplices, crece no por la pobreza sino por un desbocado afán de acumulación. Y constituye un peligro que amenaza gravemente a la estructura del Estado y la sociedad.

* *Diputada Nacional. Frepaso-Alianza.*

RAMOS GENERALES

IMAN MILITA



Iman, la modelo de mirada increíble que se retiró de las pasarelas tras casarse con David Bowie, ha regresado a los estudios fotográficos, aunque no con ánimos de prestarse a una sesión cualquiera. Se trataba de la campaña promocional de Misdemeanor, un nuevo lápiz de labios creado con el fin de recaudar fondos para Break the Cycle, una ONG de Los Angeles que lucha contra la violencia doméstica y el abuso sexual. Pero no es ella la única, la acompañó Missy Elliot, una cantante que ha lanzado un disco cuyo último corte de difusión se llama "She's the bitch" –léase "Ella es la puta"–. Chicas fuertes, que se dice.

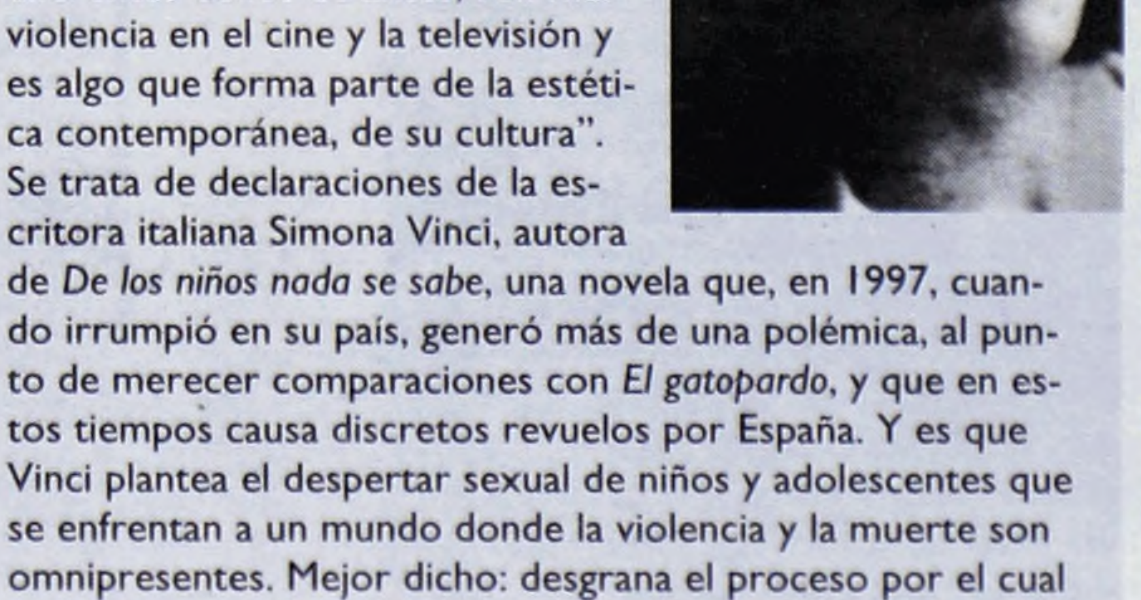
LA DOBLE VIDA DE RAQUEL

"De todos los trabajos de la noche, éste es el mejor pagado", declaró ¿una de las chicas de Godoy Cruz?, ¿una moza de Recoleta?, ¿el acomodador de un cine? Respuesta: Raquel Ortín, una soldado profesional de Zaragoza -España, claro– que lleva una "doble vida". Antes de incorporarse a la milicia, Raquel tenía por costumbre ser la reina de la discoteca al estilo de la canción de Abba, pero al decidir su profesión debió obviar su otra vocación en pro de su labor en las oficinas de logística. Sin embargo, tras ganar la confianza de sus jefes en un año y medio, se animó a retomar la noche –algo que sus superiores no objetan mientras no lo haga de uniforme porque, dijeron, "somos buena gente"–, pero con una diferencia: ahora le pagan para que baile sobre los parlantes de las discotecas de moda.

Sobre los niños



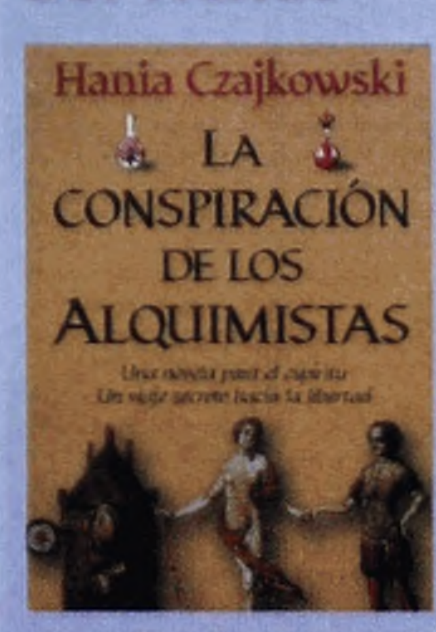
La inocencia de la infancia está "corrompida por el mercado, que no es otra cosa que el mundo de los adultos". Ergo, "los niños de ahora son diferentes de los de antes, ven más violencia en el cine y la televisión y es algo que forma parte de la estética contemporánea, de su cultura". Se trata de declaraciones de la escritora italiana Simona Vinci, autora



de *De los niños nada se sabe*, una novela que, en 1997, cuando irrumpió en su país, generó más de una polémica, al punto de merecer comparaciones con *El gatopardo*, y que en estos tiempos causa discretos revuelos por España. Y es que Vinci plantea el despertar sexual de niños y adolescentes que se enfrentan a un mundo donde la violencia y la muerte son omnipresentes. Mejor dicho: desgrana el proceso por el cual los supuestos inocentes pierden gradualmente su inocencia al ir adentrándose en el mundo adulto. Sólo que los pequeños son violentos.

LIBRERIA

Magos y derviches



Una novela del arco new age en la que el personaje central, Anna, viaja a conocer la tierra de sus antepasados y en ese trayecto se interna en una aventura espiritual. El relato viene de la mano de nociones sobre las vírgenes negras –antiguas leyendas medievales–, principios alquimistas, sabiduría de derviches y otros misterios. Hania Czajkowski es argentina y arquitecta, pero además es estudiosa de la cábala y de las religiones comparadas. Su incursión en la novela le permite satisfacer la curiosidad de lectores/as más ávidos de acceder a un mundo plagado de magos, hadas, maestros y ángeles que de internarse en la literatura a secas.

EL DETALLE

Llega otra Sharon



Ahora tiene veinte años, pero su carrera comenzó hace cinco, cuando Sharon Van der Knaap tenía 15 y visitaba junto a su familia, por primera vez, París. Como en todo relato de supermodelo, aquella vez unos tipos la abordaron por la calle y le propusieron posar en un estudio fotográfico. La holandesita dijo que sí. Su cara lavada, sus ojos celestes y su piel increíble hicieron el resto. En los últimos diez meses, Sharon fue seis veces tapa de la edición francesa de *Elle*. Mientras la reclaman las más grandes agencias de Estados Unidos y las portadas de las revistas más famosas, y su nombre empieza a sonar, Sharon sigue posando como mejor le sale: dice que es una simple chica holandesa a la que le gusta que le saquen fotos.

SEÑORAS Y SEÑORAS

Ahora, la diversión



Con 54 años, Carmen Maura –ahora rubísima por las exigencias de una película francesa en rodaje–, tiene muy en claro una cosa: "Yo lo que quiero, y ya, en este momento de mi vida, es divertirme". Eso, claro, después de haber tenido que poner el cuerpo durante cerca de dos años sólo para saldar el reguero de deudas que dejó, tras estafarla, el hombre con el que convivió trece años. Desde entonces, no hizo otra cosa que trabajar, trabajar y trabajar. Pero, dice, todo tiene un límite, porque ella podrá hacer dos películas a la vez, seguir el ritmo a una serie de televisión –que, por cierto, parece contar con sus seguidores– y viajar en busca de papeles por América y Europa, pero nunca jamás "dejaría que mi perrita Maggie trabajara con Pedro Almodóvar".



LA VÍA LÁCTEA DEL HUMOR



Está por abrir sus puertas, en el Centro Cultural Recoleta, la Primera Muestra de Humor Gráfico sobre Lactancia Materna. En ella, humoristas mujeres y varones –Maitena, Sendra, Quino, Sabat, Meiji, Petisuí, entre otros– exponen las ideas que les sugiere la vieja, económica y querida teta.

POR MOIRA SOTO

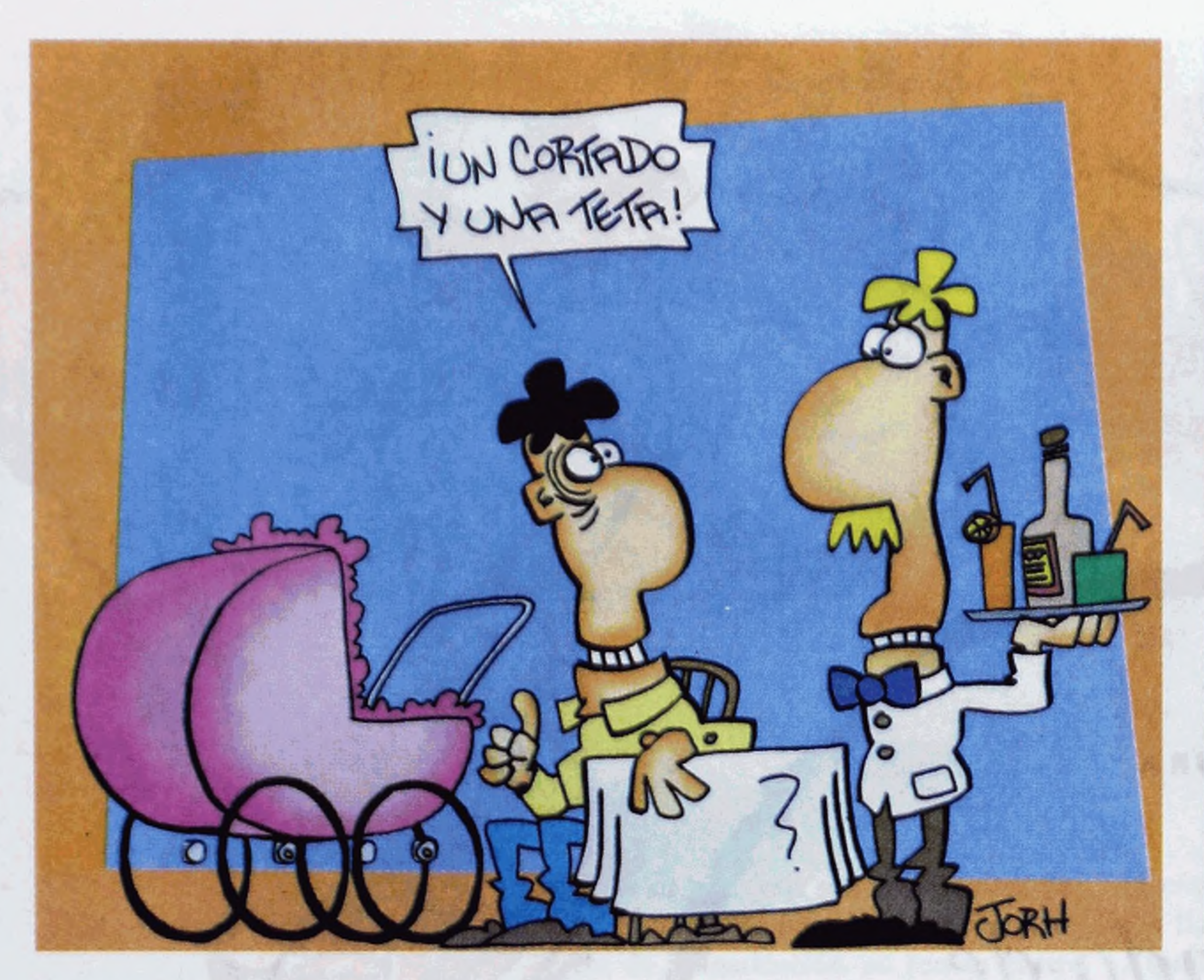
Dos pechos turgentes casi reventaban una camiseta musculosa y debajo podía leerse: "Para muchos, esto es lo más importante que usted tiene para dar". La equívoca campaña –que llevaba el aval de Unicef Argentina, la Sociedad Argentina de Pediatría y el Consejo Publicitario Argentino– pudo verse hace un tiempo en la calle y en la tele. En otra de sus imágenes exhibía un par de tetas realzadas por un fetichista corpiño transparente y el texto remitía a la calidad del envase. Antes que estimular a las mujeres –en situación de hacerlo– a dar de mamar a sus bebés, esa campaña hizo que a montones de espectadores que habían dejado hacía rato largo de tomar leche materna o artificial, se les cayera la baba por razones por completo ajenas al objetivo de la campaña.

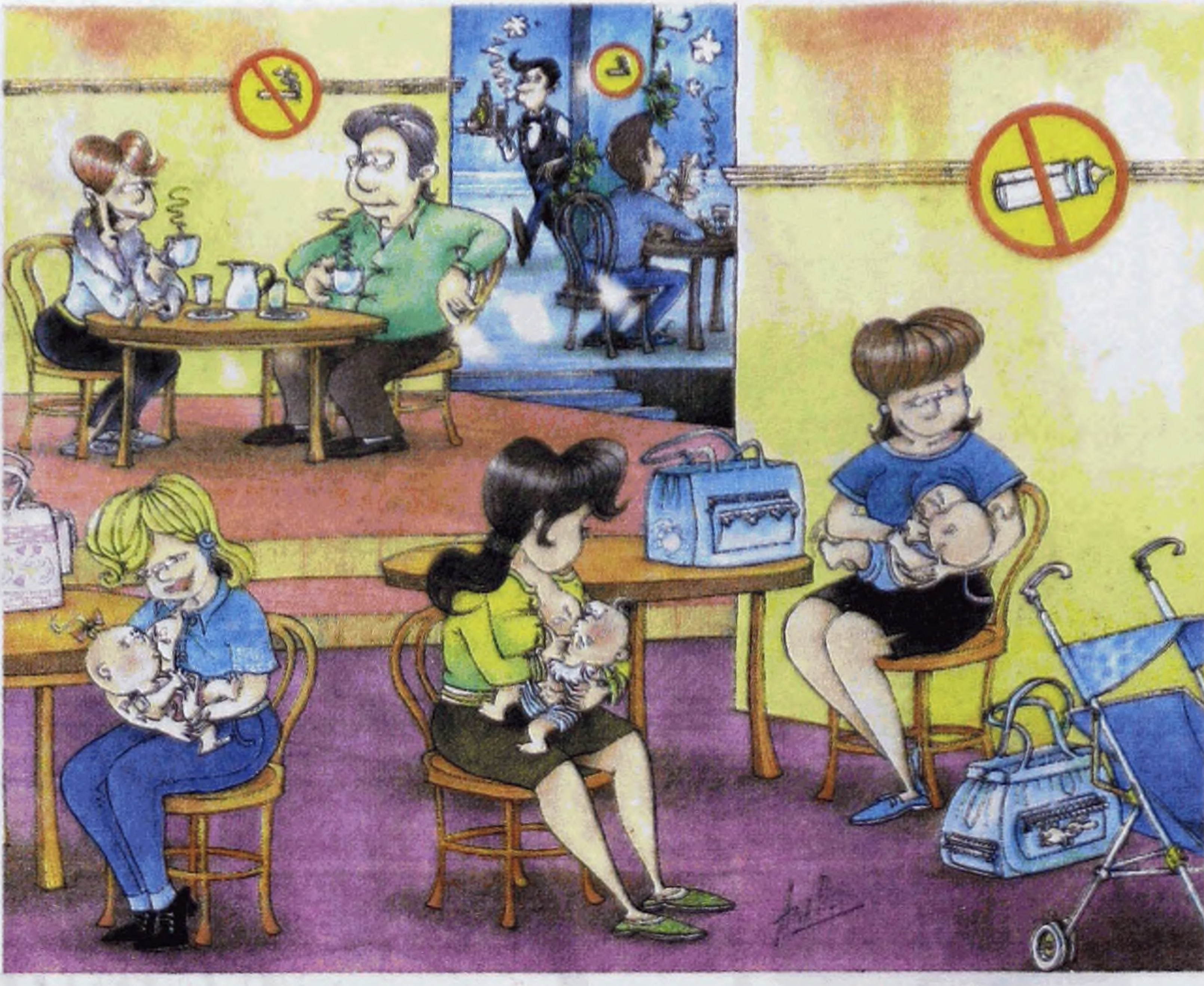
Bibi Vogel –actriz, cantante, realizadora de videos, conocida por su activismo en el campo de la lactancia materna– está de acuerdo en que esa campaña estuvo mal encarada y desvirtuó el sentido que se le quiso dar. Por eso, ella preparó con sumo cuidado la Primera Muestra de Humor Gráfico sobre Lactancia Materna que tendrá lugar entre el 3 y el 22 de agosto en el Salón de Historieta del Centro Cultural Recoleta.

"Creo que el humor es entrador, que puede promover muchas cosas. Y me parece fantástico que la risa actúe como disparador de un debate", dice Vogel antes de declararse "feminista, radicalmente feminista. Desde esta posición planteo la lactancia materna, una discusión que nunca nos dimos, principalmente, entre las feministas argentinas. Sí en Brasil, sí en algunos países de Europa. Mi inquietud es plantear la discusión, no señalar que hay que dar el pecho sí o sí. Mi planteo es: vamos a intercambiar ideas sobre lo que significa para una mujer tener dos pechos que producen leche que es muy benéfica para los bebes, y por qué, por una u otra razón, se suele dejar de vivir esa experiencia, se rechaza esa posibilidad. Esta muestra, que auspicia la Sociedad Argentina de Pediatría, es uno de los proyectos alternativos para promover la lactancia que más me ha interesado poner en marcha".

CADA MELLIZO EN SU TETA ES EL MODO DE MAMAR

La primera idea de organizar una muestra de humor gráfico en torno de la lactancia se le aparece a Bibi Vogel en el '91, gracias a Rep: "En la tira, Revolú fue papá de mellizos. Uno de los dos se negaba a nacer, hasta que un día se decide a salir. En esa ocasión, en el cuarto cuadro aparecía la mamá, Adriana, con ambos chicos, uno en cada pecho. Me pareció una imagen fantástica para este tema que me interesa y al que me dedico desde hace veinte años, cuando nació mi hija. Pensé que tenía que hacer algo al respecto, todavía no sabía bien qué. Me puse en contacto con Rep, a quien no conocía. Le hablé de la importancia de sus





imágenes, de lo bueno que era reconocer el placer de la mujer, de la envidia del hombre. El entendió y compartió mi punto de vista y desarrolló en muchas entregas situaciones donde se planteaban esas situaciones y emociones. Y yo me quedé prendida del humor como vehículo para transmitir ciertas ideas que mejoran la calidad de vida –de salud, de vínculo afectivo, de economía– de las mujeres, los niños, la familia en general".

El año que viene se cumplen veinte años en Brasil de la fundación de las Amigas do Peito, un grupo de discusión sobre lactancia, que hoy es una organización importante: "Tuvimos una incidencia muy grande en Río y por extensión en otras zonas de Brasil. A tal punto que cambiamos el sentido de la expresión Amiga do Peito, que en portugués significa amiga del alma. Hoy, en Brasil, es mujer que amamanta". Entonces, la intención inicial era celebrar el vigésimo aniversario de las Amigas del Pecho con la exposición de humor. Pero había que esperar un año y la impaciente Bibi barajó la posibilidad de hacer primero esa muestra en Buenos Aires.

Con ese fin, consiguió un listado de posibles participantes y fue hablando –individualmente– con todos ellos. A cada uno le alcanzó carpetas con material informativo y un poco de conversa personalizada: "Fui viendo, de acuerdo a cada caso, como se podría entrar en el tema. Y explicar que no es sólo dar el pecho porque alimenta mejor e inmuniza el chico: es también un tema político sobre cómo inciden y presionan las multinacionales para vender su producto. Incluso hay un enfoque nuevo del tema desde la ecología". Así fue que Bibi Vogel habló con unos treinta hombres y apenas cinco mujeres, de las que quedaron cuatro. La organizadora lamenta que haya pocas dibujantes porque le interesaba sobremanera el enfoque femenino. Algunos de los varones estaban más sensibilizados por ser padres de chicos amamantados. Otros, muchos, cuyas mujeres no dieron el pecho o sin hijos, veían sólo el chiste verde. Y también hubo quienes "tuvieron como un bloqueo, no le encontraban la vuelta humorística".

"Entre las mujeres", detalla Vogel, "Maitena amamantó, lo que facilitó las cosas. Ella realizó dos historietas excelentes. Petisuí, que no tiene hijos, hizo una linda referencia pictórica con querubines haciendo cola para que una Madonna los alimente. Flor, una humorista de Rosario que conocí a través de Fontanarrosa, es muy jovencita y su primera reacción fue ¿de qué me hablás? Después de informarse y discutirlo, hizo un trabajo muy personal. Me encantó el humor práctico y actualizado de Ana Pili. En general, el trabajo de los humoristas es espectacular, superó mis expectativas. Es una convocatoria inédita que ojalá se reproduzca en el mundo. Mi intención es llevar esta muestra a Río y sumarla a la que ya están preparando los humoristas gráficos brasileños".

APRENDER A AMAMANTAR

Según Vogel, la problemática de la lactancia empezó a ponerse realmente sobre el tapete hace alrededor de treinta años, "ya que la generación que nació en los años 50 y 60 tomó biberón, era la cultura imperante. Es que fue durante la Segunda Guerra cuando las empresas norteamericanas descubrieron la amplitud del mercado y empezaron a mejorar sus productos. Al terminar la guerra, advirtieron que la leche en polvo podía ser vendida en otras zonas. La promoción tuvo tanto éxito que lograron revertir la cultura de la lactancia materna por la de la leche en polvo. Hasta que a fines de los 60, comienzos de los 70, se conoció un estudio hecho en Africa que probaba que la enorme mortalidad infantil se debía al consumo de leche en polvo sin cumplir las imprescindibles normas de higiene. En ese momento, aunque se conocieran las obvias ventajas de la leche materna (más digestiva, un segura contra la diarrea, etc.), la leche en polvo era vendida como tan buena cuando no mejor, y pocas mujeres se cuestionaban su consumo. La perdiz se levantó, pues, en Africa, y luego se publicó un libro que demostraba que en los países pobres no se podía emplear debidamente la leche en polvo, que resulta un buen sustituto pero en condiciones perfectas de uso: cantidad, higiene, calidad del agua ... Cosas que faltan en cualquier lugar del Tercer Mundo".

A partir de los años 60, empiezan a crearse grupos de autoayuda que tienen su origen en la norteamericana Liga de la Leche. "Amigas do Peito está en esa línea", aclara Bibi Vogel. "Actuamos mucho con la mujer desde su autoestima, desde su necesidad de trabajar fuera de casa y cómo compatibilizarlo con el amamantamiento. Si esa mujer tiene una maternidad feliz, deseada –un detalle fundamental– es más fácil y placentero, al volver a casa, poner el bebé al pecho y poder revincularse, alejando la culpa y la ansiedad que genera el tener que salir durante varias horas."

Vogel recuerda que hay un código internacional que la Argentina firmó en el '81 en Ginebra que no se cumple localmente en todos sus puntos. Ejemplos: la prohibición de poner en la lata de leche en polvo la palabra "maternizada" y de ilustrarla con la imagen de un bebé rubio, lindo y gordo. También está vetada la distribución gratis en hospitales a madres recientes. La organizadora de la Primera Muestra de Humor Gráfico sobre Lactancia Materna, reconoce que en el caso de las mujeres desnutridas, el dar el pecho –aunque la leche es perfecta hasta los seis meses– la somete a una suerte de vampirización. "Pero ahí ya se trata de un problema de injusticia social que provoca miseria y hambre. Asimismo, es lógico que las madres adolescentes de hijos no deseados se resistan a dar la teta. Aquí aparece otra cuestión, que su suma a la pobreza: la falta de información y acceso a métodos anticonceptivos. Recordemos, por otra parte, que aunque no es seguro en el ciento por ciento de los casos, la lactancia actúa como un anticonceptivo natural al inhibir ciertas hormonas, protegiendo a la madre de un embarazo demasiado cercano y al bebé que necesita su atención. Sin duda es un paliativo en los casos en que no se cuenta con otros métodos."

Lo cierto es que la cultura impuesta de la leche en polvo convirtió a su vez al amamantamiento, el sistema más natural de alimentar a un bebé, en un hecho cultural: "A amamantar hoy se aprende, dejó de ser un gesto instintivo", puntualiza Bibi Vogel. "Muchas madres de las chicas jóvenes de hoy no dieron el pecho, se rompió una cadena de madres a hijas sobre todo en las ciudades. Además, todavía se aplica a la lactancia el horario de la mamadera. Incluso no faltan los médicos que te indican matemáticamente: diez minutos de un pecho y diez minutos del otro, cuando habría que aplicar el refrán: cuando el bebé llora, darle de mamar. Con disfrute y con afecto."

CULTURA

El mundo de Miss Potter

POR SOLEDAD VALLEJOS

Erase una vez una niña de Inglaterra cuyo nombre era Helen Beatrix Potter. Había nacido a fines de julio de 1866, en una típica familia victoriana: papá Rupert –un licenciado en Derecho que amaba la fotografía y el arte–, mamá (su nombre no es rastreable en las biografías), un número indeterminado pero considerable de criados, una casa con muchas habitaciones y un parque extenso en Kensington –una zona próspera gracias a las fortunas amasadas por la industria algodonera–. No había otros niños en las cercanías (aunque, parece, a ella tampoco le interesaba demasiado ampliar sus amistades), y sus padres –como, por otra parte, era usual para una familia de clase media alta por entonces– confiaron su crianza a una institutriz. (Cuenta la leyenda que ya en esas horas la primogénita de los Potter prestaba más atención a los animales y sus travesuras que a sus modales, pero eso es parte del halo que puede envolver a cualquiera medianamente famoso cuando ya la última despedida se perdió en el tiempo. Pero eso, en realidad, tampoco importa.) Cuando Beatrix tenía seis años, nació Bertram, su hermanito, el mismo con el que empezó a compartir el deleite de descubrir la naturaleza en sus juegos y excursiones a la campaña. La familia Potter solía pasar los veranos en los campos de Escocia. En el tiempo que las tertulias con artistas –Isabel y William Gaskel y Everett Millais eran amigos íntimos de sus padres y eternos convidados a la residencia de verano– les dejaban libre, los hermanitos se perdían entre los bosques con la intención de recolectar más ejemplares para su colección de animales y plantas que luego observaban hasta el cansancio. Pero Beatrix y Bertram debieron interrumpir sus juegos cuando él alcanzó la edad propicia para ser instruido en un colegio y ella volvió a estar sola, aunque afortunadamente con una institutriz que la alentaba a leer y le dictaba clases de música y arte. Es ahí donde comienza nuestra historia.

Helen Beatrix Potter nació a mediados del siglo pasado en la Inglaterra victoriana.



Sus textos y dibujos, que llevan décadas cautivando a



niños de todo el mundo, dan cuenta de la bucólica infancia de la señora Potter, pero también de su avidez por saber, algo que le estuvo vedado.









DE LA IMPORTANCIA DE LOS LÍQUENES EN LA INGLATERRA VICTORIANA

Todas las escenas que relatan la biografías de Beatrix Potter evocan paisajes bucólicos, animalitos –jamás, bajo ningún concepto podría alguien referirse a esos seres hechizados como simples "animales" antropomorfizados so pena de convertirse en blanco de las miradas furibundas y las acusaciones de olor de herejía por parte de los fanáticos–, mariposas y deliciosos tonos pastel. Y es que la vida de Potter tuvo siempre e inexcusablemente ese marco: desde su infancia en los jardines de Kensington y la campiña escocesa hasta sus últimos días, en el Distrito de los Lagos, todo fue naturaleza a su alrededor. Pero eso no implica, necesariamente, que su propia vida también lo fuera; muy por el contrario, los detalles que llegan hasta nuestros días permiten perfilar una lucha casi constante con los vicios propios de una sociedad regida por la moral estrictamente hipócrita de la venerable –y adúltera– reina Victoria, y es entonces cuando la figura de Beatrix se despega considerablemente de la de Laura Ingalls. Ejemplo: a sus 16 años, durante una temporada de verano en el lago Windermere –en el Distrito de los Lagos, que luego la contaría entre sus habitantes permanentes–, Beatrix conoció al cartero del pueblo, Charlie Macintosh, y descubrió que ambos sentían la misma pasión por la naturaleza (más datos: por los líquenes y los hongos). Al volver a Londres, la relación no se enfrió, pero sí cambió levemente de forma: Charlie le hacía llegar paquetes rellenos de paja que envolvía, claro está, muestras de hongos para que ella estudiara y dibujara. Ella hacía las tareas con pasión, observaba y anotaba, dibujaba y teorizaba, hasta que, con ayuda de su tío Sir Henry Roscoe, se decidió a presentar ante el Real Jardín Botánico de Kew su hipótesis sobre la manera de criar esporas. No hubo caso, las autoridades de la institución no tenían entre sus planes abrirle las puertas. Insistió, y elaboró su disertación *Sobre la germinación de las esporas de los agáricos* con la idea de exponerla en la Sociedad Linnean el 1° de abril de 1897. Inconveniente: las mujeres no tenían permitida la entrada a las conferencias. Por lo tanto, otra persona debió hacerlo en su lugar, pero de todas maneras su teoría no tuvo mayor trascendencia. (PD: sin embargo, sus descubrimientos, ratificó la botánica a posteriori, no estaban errados.)

EN EL COMIENZO FUERON LOS ANIMALES

Entrado 1890, los bocetos de Beatrix dejaron de existir solamente como creación para el placer personal, cuando logró que la editorial Hildeshlemer y Faulkner le comprara unos dibujos para ilustrar tarjetas de Navidad. A partir de entonces, empezó a conocer los placeres de la independencia económica. Más o menos por el mismo tiempo, escribió su primera historia para niños, *Cuento de Perico el conejo travieso*, aunque sin conciencia de haber hallado el oficio con el cual se mantendría en adelante. Beatrix solía mantener correspondencia con Annie Moore, su antigua institutriz –aun cuando ésta se mudara al suroeste de Londres– y adoraba a sus pequeños hijos Noel y Norah, a quienes también acostumbraba a escribir cartas con ilustraciones en las que narraba las aventuras de sus –muchos– animales. En 1893, escribió: "Mi querido Noel: como no sé qué escribirte, te contaré el cuento de cuatro conejitos llamados Pelusa, Pitusa, Colita de Algodón y Perico...". Algunos años después, Beatrix recordó esa historia y pensó en publicarla tras reescribirla. La presentó a seis editores y fue rechazada por cada uno de ellos. Fue entonces que decidió costear ella misma una pequeña edición –250 ejemplares– que causó furor entre allegados y amigos. Poco después, halló al editor Frederick Warne, quien en 1902 lanzó una tirada de 8000 ejemplares que causó sensación de la noche a la mañana. (En los 88 años siguientes, Frederick Warne & Co. realizó cerca de 300 reimpresiones, todas agotadas.) Conforme con esa edición –y, por lo visto, decidida a seguir por ese camino–, Beatrix siguió enviando otras historias ilustradas a la compañía, tomaba parte activamente en los procesos de diseño, supervisaba las pruebas de imprenta y las traducciones al francés. Ella lo sabía, una cosa son los dibujitos y los animales y otra muy distinta llevar adelante un gran negocio: en 1903 la ingenua Beatrix produjo y patentó el muñeco Conejo Perico de juguete, una idea que le dio más que buenos réditos.

Para 1905, y con seis libros publicados, Beatrix compró Hill Top, una encantadora finca de labranza en Near Sawrey –Distrito de los Lagos– que participaría activamente –con sus parajes y animales, se entiende– de sus siguientes cuentos. A medida que pasaban los atardeceres, parecía sentirse más y más cautivada por la vida de campo, y gradualmente se convirtió en una granjera. Durante ese verano –pareciera que hay gente en cuyas vidas imperan los inviernos, y en otras los veranos–, Norman Warne, uno de sus editores, le propuso matrimonio. Los padres de Beatrix se opusieron terminantemente, no era de buen tino que una muchacha –tenía, por entonces, 37 años– de su clase se convirtiera en la mujer de un"comerciante" sin encantos. De todas maneras, ella aceptó encantada y anunció el compromiso. A las cuatro semanas, Norman, tras haber enfermado repentinamente, murió de anemia perniciosa. Y Beatrix volvió a recluirse en su granja, más dedicada al campo y los libros que nunca. Durante los años siguientes, y bajo el consejo del abogado William Heelis, continuó adquiriendo enormes extensiones de tierra en el Distrito, se dedicó a la crianza de animales –era una criadora especializada en ovejas Herdwick, y se convirtió en la primera mujer presidenta de la Asociación de Criadores de Ovejas Herdwick en 1930–, y escribió cada vez menos. Llegado 1912, vio una nueva oportunidad de formar pareja en la propuesta de matrimonio de Heelis. Familia propia en contra, Beatrix aceptó. Y se casó al año siguiente, con 47 años.



UNA PROTOECOLOGISTA

En una de sus vacaciones de adolescente, Beatrix conoció a Canon Rawnsley, un conservacionista de la región de los Lagos que fue cofundador de Patrimonio Nacional, un organismo benéfico que se ha convertido en el protector más importante de tierras y edificios. Beatrix, de más está decirlo, se deslumbró con ese afán de preservar la zona de los estragos de la creciente industrialización y del turismo depredador. De hecho, tras su muerte en 1943, legó 4000 acres –que incluían 15 granjas y pequeñas residencias– al patrimonio de la fundación, y en la actualidad su casa se conserva tal como ella la dejó para recibir a los posibles visitantes.







Lo NUEVO *lo raro* LO UTIL



TRIPLE VOLUMEN

La línea norteamericana Maybelline lanza Volum Express, su nueva máscara para pestañas, con triple volumen, que fortalece las pestañas y demanda apenas una pasada rápida. Su cepillo, de diseño exclusivo, promete no dejar grumos.

Beneficios



Las mujeres de más de 35 años, según sondeos que realizó Avon, buscan en los maquillajes beneficios adicionales además de los tradicionales, que son su duración y el acabado suave y uniforme. La humectación y prevención de arrugas son algunas de las ventajas que las mujeres eligen a la hora de comprar una base. Con esa consigna fue presentada la línea Beyond Color, maquillajes hidratantes que contienen vitaminas A y E.

ROCABAR

Un nombre "ronco, misterioso", reza la carpeta con que Hermés presenta su nuevo perfume masculino, cuya fragancia desborda de especias. "Un nombre de iniciado", prosigue, para revelar luego que Rocabar es "una manta", cuya historia se remonta a 1930. Por ese entonces, en los talleres del Faubourg Saint-Honoré, algunos empleados de origen inglés llamaban "Rug (manta) á barres" a las famosas mantas para caballos color azafrán y rayas rojas y azules que se vendían a la bella gente. El perfume viene envuelto en un retazo de Rocabar, atado a un cordón de cuero.

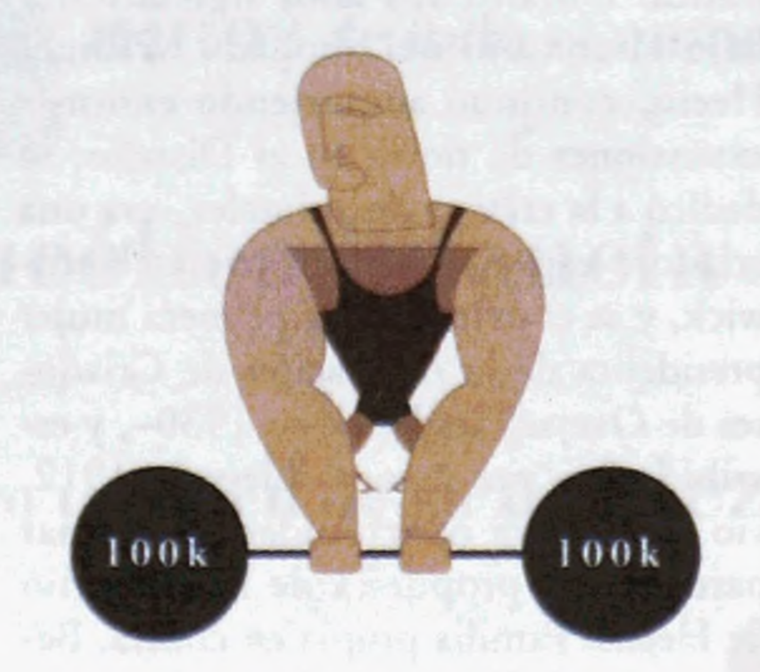


EN LA CITY



En el Hotel Inter-continental (Moreno 809, 1° piso) fue inaugurado el Vilas Club, un nuevo espacio para que ejecutivos/as que deambulan por la city corten el día con diferentes prácticas deportivas y cuidado corporal. En dos plantas, hay una pileta climatizada, una sala de relax, seis gabinetes para masajes descontracturantes, body-work, sauna, sala de gimnasia y solarium, entre otros servicios.





Libro Infantil

Hasta el 1° de agosto se lleva a cabo en el Centro Nacional de Exposiciones (Av. Figueroa Alcorta y Pueyrredón) la Feria del Libro Infantil y Juvenil. En el Pabellón A, stand 75, las editoriales Alfaguara y Altea prometen la presencia de sus autores para que dialoguen con sus pequeños lectores y firmen sus libros. Entre ellos estarán Ema Wolf, Laura Linares, Graciela Cabal, Graciela Montes, Pablo de Santis, Sergio Kern, Laura Devetach y Gustavo Roldán.

PulsoMADRE

Andrea Alvarez se presentó con su grupo, Pulsomadre, en el Centro Cultural Ricardo Rojas, donde volvió a mostrar su música anclada entre lo étnico y el rock. En su actuación anterior, en el Recoleta, grabó un demo con ocho temas que le pertenecen, entre ellos "40 Minutos" y "Las chicas están bien", y que ya circula por las radios locales. Identifíquenla.



Geometría

Quedó inaugurada en la galería Ruth Benzacar la muestra de la joven artista Graciela Hasper que ya obtuvo muy buena repercusión en la galería Annina Nosei de Nueva York. En las obras expuestas desaparecen las formas y las reglas, que según Hasper "están para ser rotas". "Lo que a mí me importa es la luz y los colores, más que las formas. Los colores son la esencia de la visión. La luz es lo que vemos. la pintura es una construcción lumínica, pero la mente duda, no sabe si la luz es sólo un sueño y la oscuridad la realidad". Hasper dixit.

SEXUALIDAD

El CETIS (Centro de Educación, Terapia e Investigación en Sexualidad) organizó un Curso a Distancia de Especialización en Sexología Clínica dirigido a médicos y psicólogos de distintas especialidades. Dirigido por los doctores León Gindín, Osvaldo Mazza y Carlos Piovano, y con el auspicio de la Facultad de Medicina de la UBA, el curso está compuesto por seis módulos de información y formación. Informes e inscripción, CETIS, Superí 1401, o en el 011-4553-5224.





EL PRÍNCIPE *de los collares*



El arquitecto Celedonio Lohidoy se especializa desde hace algunos años en crear collares con plumas de los más diversos orígenes, a los que suma pasamanería antigua o piezas de descarte. Ungaro o Kenzo son algunas de las grandes marcas que prestaron atención a esos diseños, y los incorporaron a sus colecciones.

POR V. L.

Con nombre de campesino de otra época –desciende de una familia de consignatarios de ganado de Tapalqué– y porte de príncipe que exacerba con chalecos de telas de damasco, el arquitecto Celedonio Lohidoy es el autor de una extraña línea de collares con plumas, piezas de descarte y pasamanería antigua que adhieren al concepto de joyas bellas y no prohibitivas.

A los primeros los desarrolló a principios de los noventa, cuando trabajaba como asistente de las arquitectas Mónica Melhem y Anne Bazán, y Mónica, actual directora de arte de Natan, le propuso desarrollar una colección de joyas bellas sobre la base de perlas, piedras semipreciosas y pasamanería de siglo pasado que por entonces lograron vender a Emanuel Ungaro.

Hace un año, junto a la arquitecta Verónica Azcona –rubia y muy elegante aun con un balde y trapo de piso en mano–, empezó a desarrollar collares con plumas de faisán que consumen las mujeres que asisten a recepciones con la realeza de Londres o la embajada de Italia como complemento de trajes de alta costura.

Su base de operaciones es un estudio en la ex imprenta Italo de Palermo Viejo, donde predomina el color blanco aun en el piso de madera, las bibliotecas y una escultura cruza de molino de viento con torre Eiffel.

Hay campanas de viento en las ventanas, vegetación zen con ramas de durazno, lámparas de escritorio construidas con coladores de té y otras de techo con gasa de pañal. Como indicadores del extraño minimalismo que predican, se destacan un perrito salchicha de bronce arriba del escritorio o el pez de mentirilla inmolado en un florero o una serie de cuadro con telarañas y sangre de utilería.

Los visitantes son recibidos con té, jerez y tortas de chocolate con mermelada de blueberrie que prepara Verónica –en forma paralela tiene una empresa de tortas y fue una de las precursoras en hacer comidas para freezer cuando ese artilugio se impuso como novedad en la tecnología doméstica–. Dispuestos en maniquíes se pueden ver una gargantilla de azabaches y botones del tapado de una abuela, otra verde con base de pasamanería y cristales checos, collares con plumas marrones y remates de estilo art decó y otro en versión cocktail con restos de caireles y piedras rojas, algunas de las piezas únicas de su última colección de joyas, también a la venta en Cat Ballou y Laura Valenzuela.

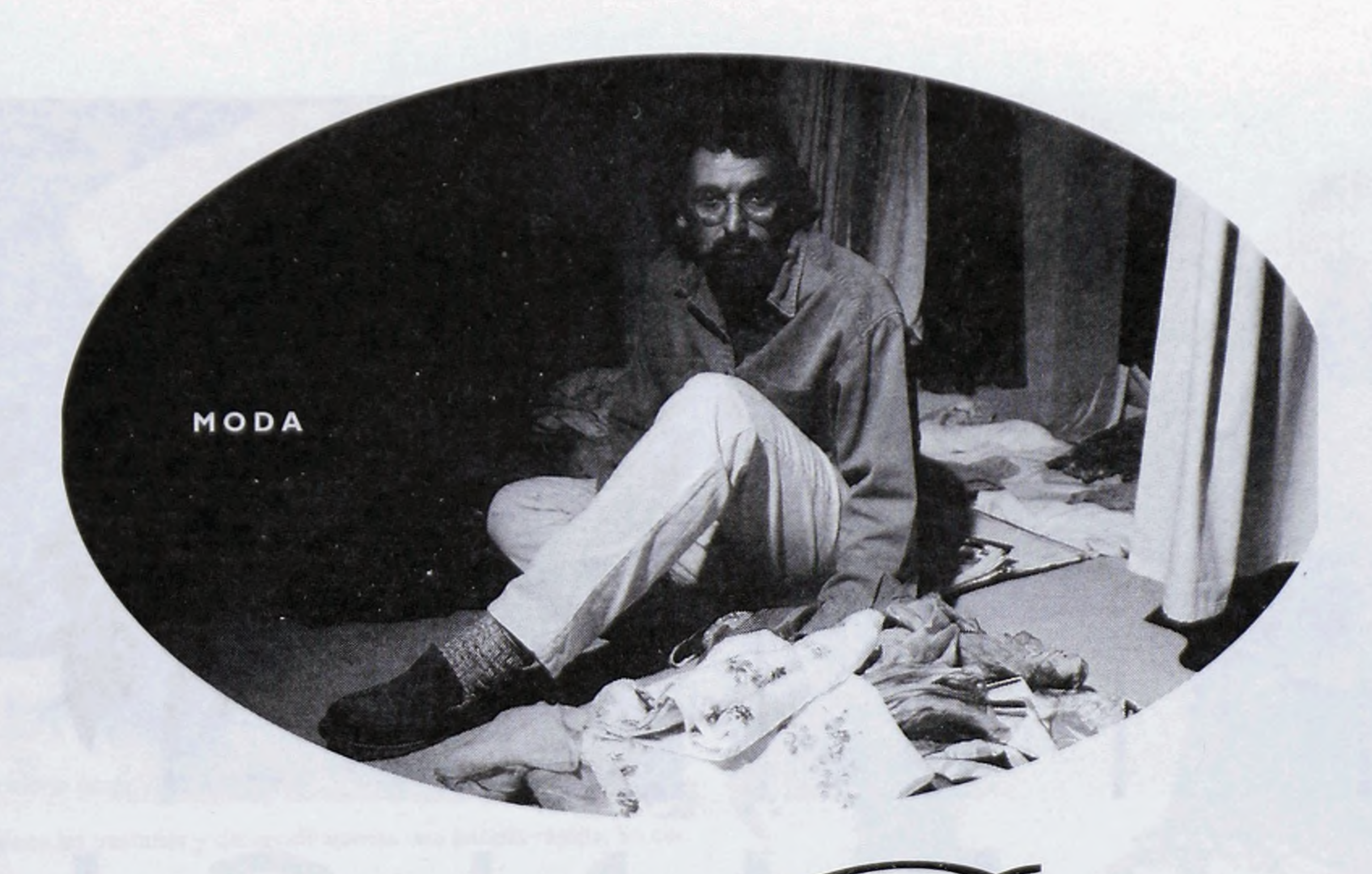
"Muchos me preguntan si los hago para mí, ya que tengo el cuello tan largo. Confieso que siempre soy el primero en probarlos y cuido que permitan moverse sin perder naturalidad. A mis clientas les pregunto qué esperan que les pase al usarlos y les advierto que con ellos no van a pasar desapercibidas", cuenta Celedonio.

Una advertencia que no logra atemorizar a las devotas de sus creaciones, a quienes describe como "mujeres con personalidad a partir de los treinta y nunca chicas que siguen los últimos dictados de la moda. Pero mis favoritas tienen entre cuarenta y sesenta años". Esa categoría incluye a señoras que llevan cajas con viejas adquisiciones psicodélicas y collares de cuentas comprados en safaris por Africa para ser aggiornados, una coleccionista de turquesas que lo llama desde su barco anclado en Córcega o la dueña de un castillo en Alemania famosa por llamar a concurso a arquitectos de todo el mundo para arreglar su baños, a quien ellos en lugar de baños le hicieron varios modelos de gargantillas con plumas.

"A través de los anteojos que nos aportó la arquitectura, combinamos lo orgánico con construcciones de collares pensados como hiedras que en lugar de deslizarse sobre una pared trepan sobre el cuerpo. En la búsqueda usamos chapitas encontradas en la calle o piezas de casas de ortodoncia en lugar de oro y diamante. A las plumas las compramos en París y nos importa que se hayan caído naturalmente y no tengan una connotación de violencia. Lamentablemente una casa de la calle Crisólogo Larralde que nos abastecía de perlas de colores fabulosas la semana pasado nos avisó que cerraba", agrega Verónica sobre sus creaciones que en nada se parecen a las parures de la joyería ortodoxa.

El último verano, mientras Celedonio visitaba a su hermana menor en París, estudiaba historia del arte en el Louvre y coleccionaba caballitos de calesita a escala real que recibe de sus enamorados –en Buenos Aires conserva una casa semiderruida en la calle Ruggieri habitualmente habitada por extranjeros y donde se hacen fiestas descomunales– logró vender diseños a la firma Kenzo, que aplicó sus recursos a los cuellos de una serie de kimonos.

Como arquitectos organizan monoambientes, casas de principios de siglo, ambientaciones de restaurantes y cuando pueden deslizan sus lámpara sobjeto con ollas de puchero, cucharones y vajilla rota. "Como con las joyas buscamos intensificar la nobleza de los materiales, sin caer en excesos. Se trata simplemente de festejar el adorno a través de construcciones para usar".



EL CAMBIO DE *Benito*


LUCILA BLUMENCWEIG

Su nombre resuena en la alta costura vernácula desde hace varios años. Pero en los últimos desfiles –uno de ellos, en París–, Benito Fernández mostró otra cosa. Un cóctel de etnias y un aire descontracturado prometen ser los ejes de esta nueva etapa de este diseñador que confiesa detestar que sus clientas lo vean "impecable".

POR VICTORIA LESCANO

La extraña combinación de collages de brocatos, encajes Sotheby's deshilachados, fragmentos de saris y kimonos con que la última colección de Benito Fernández propone un paseo por atuendos de las etnias más diversas señalan un cambio radical en su manera de abordar la moda.

Los treinta trajes que le dieron forma se vieron en modelos con extraños maquillajes postapocalípticos y camisetas, las presentó en el Carrousel del Louvre de París, en una feria de moda latina en Miami y en el teatro de la Ribera de la Boca con la consigna "princesas hippies que recorren el mundo y comienzan su travesía en Buenos Aires".

En el edificio de estilo francés de la calle Copérnico, que funciona como su casa de moda y donde se dan cita las nietas de las otrora devotas de Saint Félix y Henriette y en rigor de verdad lo más parecido a princesas de las pampas si el campo y sus terratenientes tuvieran realeza, sus prendas se cotizan con triples ceros de acuerdo con la escala de valores de la alta costura.

Fernández guarda en el altillo las toiles de sus codiciados vestidos de novia junto a trajes de noche desarrollados desde que, a comienzos de los noventa, ganó el premio Alpargatas. Junto a su escritorio, asoman decenas de retazos de telas blancas dispuestos en estantes que recuerdan a las mercerías y abundan fotografías de sus hijos. En la recepción, sobre la chimenea, una galería fotográfica de tema nupcial con imágenes de sus novias favoritas dispuestas en portarretratos de plata y simulacro de living room de familia de clase media alta desordenada.

"No quiero crear un clima de solemnidad y que la gente me vea impecable, sé que, antes de venir a verme, algunas señoras van a la peluquería y cuando me ven diseñando tirado en el piso, con los pelos parados, se quedan shockeadas". De esta manera justifica su estilo casual, casi de falso leñador producido con camisas de corderoy y jeans más acorde con el personaje de asador que adopta los fines de semana en su casa de Tortuguitas que con el de jefe de un atelier de alta costura. Aunque a veces, para recibir el premio a la alta costura que le dio la empresa etílica Moet Chandon o la presentación de la joya con hilos de angora y piedras preciosas para el Concurso "Moda del tercer milenio", organizado por los magnates de diamante, De Beers se pone un traje Agnes B o sus accesorios Vuitton.

Tiene un desopilante sentido del humor y cuenta que sólo hace dos años se atrevió a romper con sus propios condicionamientos al tiempo de combinar colores y texturas. El primer paso en su faceta más experimental fue una colección con transparencias, elementos que durante años esquivó por considerar demasiado risqué, inspirada en hadas con purpurina paseándose sobre una pasarela simulando un jardín en pleno hotel Alvear que desarrolló junto a la productora Luisa O. Farrell, directora de arte de todos sus desfiles. Ahora es habitual que las asistentes a recepciones de embajadas y fiestas glamorosas aparezcan con originales Fernández con malas terminaciones deliberadas. A la cabeza de sus clientas que aún no se acostumbran al vuelco, figura su madre quien, en ocasión de la presentación del desfile en París, fue acompañada por una decena de amigas que no lograban consolarla.

Antes de alistarse en la Academia Flego, la escuela de corte italiano y alta costura y la American Academy School of Arts de París, Benito estudió abogacía en una universidad privada. "Era pésimo estudiante y cada vez que me bochaban inventaba un viaje a la Polinesia o Europa para desestresarme", recuerda.

Mezcla de muebles ingleses y franceses, algunos adornaron sus primeros locales casi gemelos en la calle Arroyo, ocupa la sala de pruebas donde un grupo de mujeres admira sus últimas creaciones lucidas por Inés Estévez y otras asistentes al Martín Fierro que muestra la revista *Caras*.

Sobre las confidencias con las clientas que resultan de la ropa a medida, narra historias sin desperdicio, imposibles de rescatarse en megastores de moda y boutiques. "Para ellas soy parte del mobiliario, les conozco hasta las bombachas que usan y sé las cirugías que se hicieron. Muchas veces, cuando nos encontramos en una fiesta, algunas se ponen incómodas. Yo las entiendo, es como cuando mi hijo quedó en trance después de cruzarse con su maestra en bikini o cuando yo me cruzo con mi psicoanalista en un cóctel".

Todo se complica o se enriquece, de acuerdo con el cristal con que se mire, en la sección vestidos de novia. "Una mujer dejó señado un vestido para el mes de mayo y, cuando meses más tarde volvió para la prueba, descubrí que aunque había cambiado de novio igual no había modificado la fecha ni el salón de fiestas."

"Hay quienes dejan señas y nunca vuelven por rupturas amorosas, recaen años más tarde cuando yo ya usé el modelo que tenía destinado para ellas y perdieron la seña e igual me piden que vuelva a hacerles el mismo traje. Hay días en que hago vestidos blancos para las hijas y negros para las madres, que festejan sus bodas de oro", apunta. "Sé bordar, pero no me gusta, yo diseño, armo la idea y paso a otra cosa. Y cuando me voy del estudio me olvido por completo de la moda", agrega Fernández, quien después de los desfiles regala ropa entre sus amigas y a modo de pago de sus vestidos acepta cuadros pintados por familiares de novias, pátinas y demás servicios de puesta a punto de su casa o viajes a Disney para homenajear a sus hijos.

Sobre modificaciones en la moda nupcial revela: "Ya no importan tantos requisitos como el tamaño del altar ni el estilo de la iglesia al tiempo de bocetar un vestido de novia, son conceptos que quedaron demodée, las mujeres pasan cada vez más de lo que sale en las revistas extranjeras y quieren estar atractivas. Hasta hace un tiempo los novios me decían que la primera impresión cuando veían a la novia en el altar era ojalá que todo pase pronto y ella se quite ese disfraz. Ahora los novios me confiesan que cuando se encuentran con ellas en el altar piensan qué linda está la gorda"●

MOITO MISSING A LA MIA MAMA

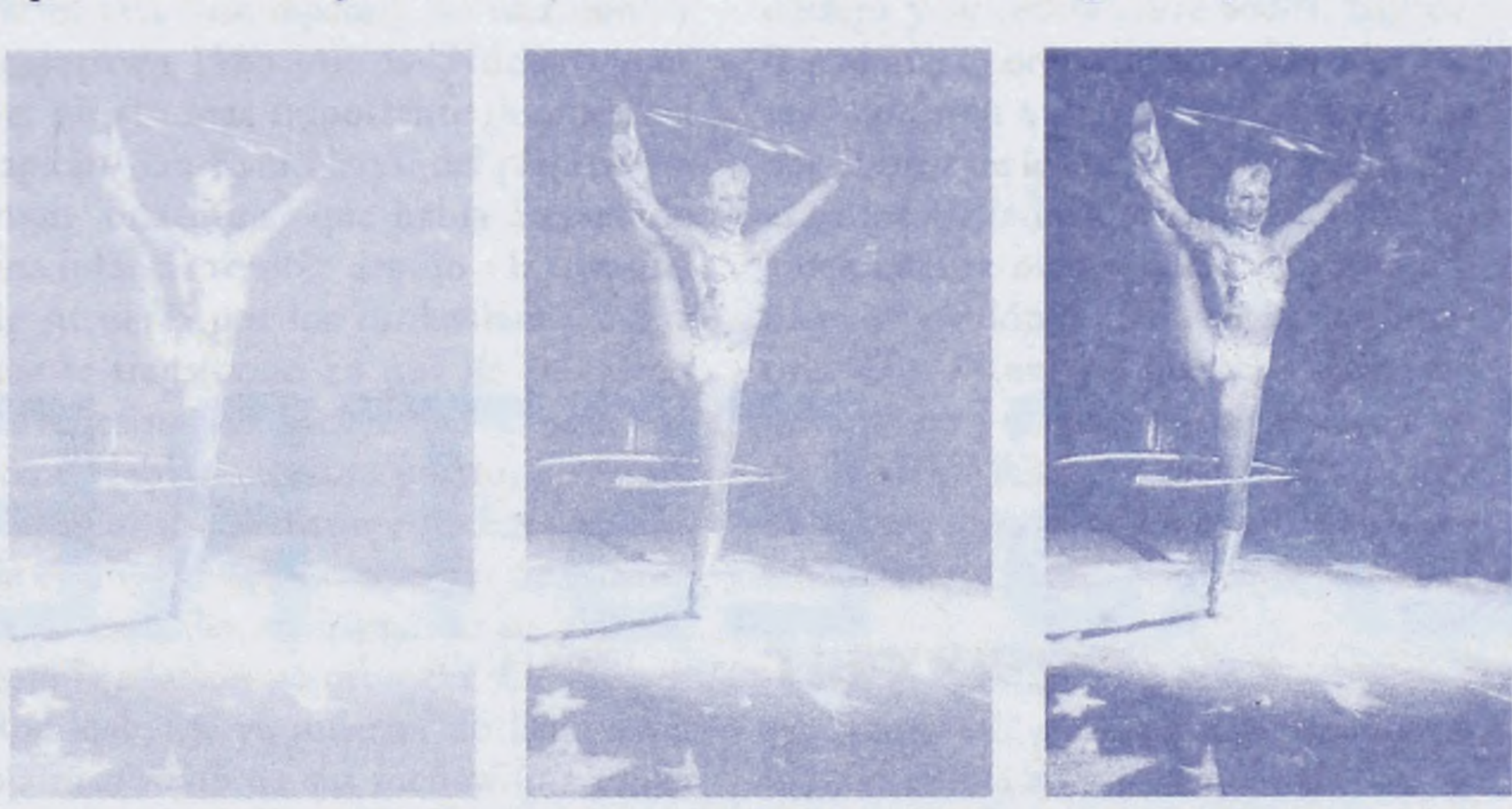
POR RAQUEL ROBLES

Julia nació en Moscú, en el circo de ese nombre. En él creció. Pasó toda su vida de circo en circo y de país en país. Hoy integra Le Cirque, hace un número con aros y se explica en un idioma indescifrable que da cuenta de que esta mujer rubia nunca ancló en ninguna parte.

Julia es rusa, artista de circo y tiene 26 años. Además es rubia, alta y de curvas de una armonía que remiten a la perfección, o por lo menos a lo que estamos acostumbrados a llamar belleza. Cerca de Barbie, pero mucho más interesante y vivaz. Llega temprano a la cita, contenta. Contenta de dar una entrevista, contenta de promocionar su espectáculo, contenta porque es de mañana. Contenta. Se sienta derechita y se termina su café en un minuto sin parar de hablar. Su voluntad por la comunicación es admirable. Echa mano a cualquier idioma, arma frases que empiezan en inglés, siguen en un portugués que muta luego al español con un poquito de italiano, para rematarlas con gestos y ademanes por si hiciera falta despejar alguna duda. Afuera los vendedores de La Solidaria, que evidentemente no son discapacitados visuales, se pegan contra el vidrio para mirarla. Para admirarla.

Julia nació en Moscú, o más precisamente en el Circo de Moscú. Su padre, un domador de osos entonces de cuarenta y dos años, enamoró a su madre, una bella trapecista veinte años más joven. Los dos compartían ese gran emprendimiento estatal que era el circo. La relación no duró mucho, pero ellos quedaron unidos para siempre a través de Julia. Mijail, su padre, tuvo otros seis hijos varones, su mamá sólo la tuvo a ella. Eran tiempos de la Rusia comunista, con las contradicciones de la Rusia comunista: un circo ortodoxo y controlado, pero de excelencia y completamente subvencionado por el Estado, con complicaciones y restricciones para cruzar la frontera, pero con un espectáculo famoso en el mundo entero. Ahora Julia vive en una Rusia capitalista. Cada uno de sus padres tiene su propia compañía, ya no existe la gran escuela ni un circo centralizado en el que trabajaban y estudiaban más de cinco mil artistas. Cada país se independizó y se llevó consigo a sus artistas y ninguno de los gobiernos del otrora bloque socialista paga ni los estudios ni mucho menos los trajes, traslados y manutención de los animales. Como buenos capitalistas, cada uno hace lo que quiere, pero no todos pueden hacer lo que quieren. Julia, sin embargo, es una de las privilegiadas que puede vivir del trabajo que ama. No hace números con animales porque son difíciles de trasladar y porque no puede expresarse en ellos; ahí los protagonistas no son los humanos. Su número con toros tuvo gran éxito sin embargo, ya que aprendió de su papá a entrenarlos. Ofreciendo bananas y mimos logró que sus toros blancos jugaran al fútbol, metieran goles y pasaran pelotas por complicados laberintos.

De su niñez tiene recuerdos ambivalentes. Por un lado la disciplina y el trabajo. Ir a la escuela, hacer los deberes, coser junto con su mamá los trajes, cuidar a los animales y entrenar. Por otro, los hoteles para





LUCILA BLUMENCWEIG

los artistas, llenos de niños como ella jugando a ser artistas. "Moito missing a la mía mamá" dice en su idioma inventado, con huellas de todos los países adonde la llevaron las giras.

A la pregunta de si tiene novio responde con un montón de risitas, mejillas encendidas, toses, intentos de cambiar de rumbo, de hacer la conversación más genérica, hablar por ejemplo respecto de lo difícil que es para alguien que trabaja en el circo estar con alguien "de afuera", pero finalmente baja la guardia y confiesa que está algo así como de novia con el director de la compañía donde trabaja desde hace más de dos años y medio. Lo conoció cuando llegó a Brasil, lugar de donde proviene Le Cirque. Él la estaba esperando en el aeropuerto y ella lo confundió con el chofer.

Después habla de la diferencia entre los hombres latinos y los de su tierra natal. Dice que al principio no podía sustraerse al permanente parloteo piropeador de los varones de por estos lares, tan distinto a la fría distancia del hombre de las estepas rusas, pero que ahora ya está acostumbrada y no les lleva el apunte. Dice y podría seguir y seguir hablando en su agitado esfuerzo de comunicación, pero ya es tarde y hay que cumplir con otros compromisos. Antes de levantarse y arrastrar tras de sí todas las miradas deja unas entradas para el espectáculo y se entusiasma como una niña ante la promesa de no faltar a la cita.

La noche es húmeda. Días y días de lluvia dejaron su impronta en el terreno donde está plantada la carpa del circo. Para cruzar los cinco metros que separan el primoroso trailer donde vive Julia hasta el lugar donde se desarrollará el espectáculo hay que atravesar un barro espeso y resbaloso. Algún acto de magia sin embargo la hace llegar impecable, con sus medias sin rasguños y sus taquitos aguja. En el centro de los aros se mueve y se retuerce luchando contra la ley de la gravedad al compás de una música electrónica alemana. Con su diminuto traje de lentejuelas azules provoca humedad en las bocas masculinas de la platea.

Un asistente le arroja aros desde afuera de la pista y ella los va enhebrando como un ábaco flexible y danzarín. Uno a uno hasta completar 25 argollas doradas y plateadas. Las hace recorrer todo su cuerpo, desde los pies hasta los dedos de las manos. Solita, con los aros y la música transita los siete minutos en los que tiene que demostrar su habilidad. Y la demuestra. Aplausos de los niños, exclamaciones de cancha de los adultos la despiden.

Cuando terminen las vacaciones de invierno Julia volverá a Rusia y verá a sus padres después de dos años y medio de ausencia. Descansará tres meses y volverá a la compañía. Tal vez le agregue algo de alemán a su cóctel de idiomas. O árabe, quién sabe dónde la lleve su próxima gira. Lo único que ella sabe a ciencia cierta es que quien nace en el circo tiene que morir en él. O correr el riesgo de "ficar loco o eternamente sad".

VER LAS ESTRELLAS

La saga de *Star Trek* (*Viaje a las estrellas*), que comenzó en 1966 como la materialización de un sueño humanista de su creador, Gene Roddenberry, quien confiaba en un futuro interracial e interétnico, sigue congregando en todo el mundo a fanáticos. Una de las características de ese sueño que transcurría en el espacio exterior era, además, la convivencia entre géneros. He aquí un recuento de los personajes femeninos de *Star Trek* y de cómo esas mujeres fueron a veces sensibles y otras veces guerreras.



POR SANDRA CHAHER

Poner a una mujer negra en el puente de mando de una nave espacial no fue la única bomba que cayó del cielo catódico norteamericano el 4 de septiembre de 1966. Gene Roddenberry, autor de *Star Trek* (*Viaje a las estrellas*), desafió a la NBC también en otros aspectos. En plena Guerra Fría, el equipo de la Enterprise estaba integrado por terrestres –de raza blanca, negra y amarilla–, extraterrestres, y... un ruso; y la nave era parte de la flota de la Federación Unida de Planetas, cuya misión era descubrir nuevas formas de vida pero jamás alterarlas. Menuda afrenta al imperio colonial del siglo XX.

Pero los personajes femeninos, sus cualidades complementarias entre sí o con los hombres, la evolución del temperamento de las nuevas protagonistas en las cuatro etapas de la serie –*La Original, La Nueva Generación, Deep Space Nine, y Voyager* (algunas comenzaron a emitirse simultáneamente a las anteriores)– fue una de las características principales de la serie. El primer programa piloto fue rechazado, entre otras causas, porque la segunda del capitán era una mujer. Roddenberry tenía por entonces 45 años y una filosofía humanista consolidada. Imaginaba un futuro pacífico, respetuoso de las diferencias étnicas y culturales y de la igualdad entre el hombre y la mujer; una propuesta que iba a contramano del apocalipsis que tenía captada a casi toda la ciencia ficción. Murió en 1991, cuando todavía no habían terminado los 176 capítulos de *La Nueva Generación* y ya había empezado la tercera. Ya en los guiones de *Deep Space Nine,* el rol femenino se transformaba de una manera que se agudizaría en *Voyager* y en la película recientemente estrenada en Estados Unidos, *Insurrection* (con los personajes de *La Nueva Generación*): mujeres que pelean cuerpo a cuerpo –y no ya con tácticas "femeninas" como lágrimas paralizantes o persuasiones psicológicas–, que usan armas y comandan naves, a veces impulsadas a la ferocidad por pasados sangrientos, a veces recias porque eso es lo que requiere el poder.

ARQUETIPOS

Hay al menos siete mujeres –en las cuatro series– que imantan sobre ellas la atención y cuyos roles son en cierta forma arquetípicos. Si se estableciera un orden cronológico, en la primera, la del atractivo capitán Kirk (William Shatner) –conocida como *Serie Original (TOS)*– las esporádicas apariciones de la enfermera Christine Chapel muestran a una dama de temperamento suave pero fuerte (la fortaleza espiritual y emocional será una característica de todas las criaturas femeninas de Roddenberry), que conforma una especie de contrapunto con la oficial decomunicaciones negra Nyota Uhura, que estaba en el puesto de mando. Chapel (la actriz Majel Barret, esposa del autor), si bien podía haber elegido hacer una carrera profesional en la Tierra, partió en el U.S.S. Enterprise con la esperanza de encontrar a su novio, un médico misteriosamente desaparecido. En la nave, se sintió atraída por el comandante Spock, el inolvidable hombre de Vulcano, que la rechazó. Barret sería en adelante una pieza fundamental en todas las sagas (con diferentes personajes) y en la continuidad de las éstas: no sólo estimuló a su marido sino que además asesoró a los guionistas de la Paramount cuando éste murió.

Se podría decir que, a grandes rasgos, hay dos prototipos de mujer: unas muy marcadamente femeninas, con una gran capacidad de receptividad emocional y sumamente intuitivas. Y por otro lado están las que en las primeras series encararan personajes con un perfil más bien científico o técnico, muy hábiles y resolutivas (como Uhura), pero que a partir de *Deed Space Nine* (y ya con algunos personajes que aparecieron esporádicamente en *La Nueva Generación,* como la comandante Shelby) adquieren una personalidad más guerrera. Surgen féminas más rudas, combativas, líderes. Siguen existiendo de todas formas en las últimas dos series personajes como el de Jadzia Dax en *Deep Space Nine,* que mantiene ese rol de científica eficiente compartido con una cualidad extra-

sensorial: por pertenecer al planeta Trill ella puede portar dentro sí otra personalidad, un "huésped", que le trae recuerdos inesperados. Podría decirse que Roddenberry fue aggiornándose: de la utopía pacifista del comienzo viró hacia personajes más crudos, que pudieran hacer frente a un mundo menos lineal, donde la interculturalidad no siempre era armoniosa. Tuvo que incluir los conflictos en el micromundo de las naves y no sólo ponerlos en el afuera. La paz se volvió un sustantivo más complejo, como en el mundo real.

En *La Nueva Generación* hay dos personajes en la línea de Chapel, pero que a sus cualidades eminentemente femeninas, suma poderes extrasensoriales o un profundo conocimiento del alma humana. Deanna Troi, mitad humana y mitad betazoide (origen que le permite leer el pensamiento), es "la Consejera"; se sienta en el puente a la izquierda del comandante Picard, y lo asesora sobre los aspectos psicológicos y parapsicológicos de las situaciones que atraviesan, y recorre la nave como un hada sensual intentando resolver las tormentas emocionales. Guinan -protagonizada por la actriz Whoopi Goldberg– entró en la tercera temporada después de decirle a Roddenberry: "En tu serie falta una mujer negra con poder". Y él le dio uno particular: es la encargada del bar, un lugar donde se recala cuando la bruma mental arrecia. Y ahí está ella, oriunda del planeta El-Auria, que escuchará con su cara de mil años y dará la orientación ambiguamente justa para tomar la decisión correcta; una especie de chamana futurista, incluso por sus vestidos extravagantes. Una tercera mujer importante en la nave del comandante Picard (el excelente actor inglés Patrick Stewart) es Beverly Crusher, médica y asesora científica. Sensible, controlada, dispuesta, mantiene con Picard un romance platónico que sólo infringió alguna vez con un "piquito" porque no quiere "mezclar las cosas". Ninguna es agresiva o dominante. Si tienen que portar armas lo hacen, pero la defensa sigue siendo cosa de hombres. Hubo al comienzo de la serie una jefa de seguridad, aguerrida y valiente, que murió al poco tiempo en un enfrentamiento.

En *Deep Space Nine* la modificación del rol femenino fue determinante. Transcurre en una base espacial, no una nave, y empezó en 1988. Allí la "Número uno" –el puesto más importante después del capitán– era Kyra Nerys, del planeta Bajoran, una mujer que había atravesado una infancia terrible debido a la invasión de su tierra por los cardassianos, hasta que se transformó en una de las líderes de la resistencia. Esto la volvió una guerrera. Habilísima en su puesto, no puede controlar sus arrebatos emocionales, desde el amor al dolor o el enojo. Se enamora de un líder espiritual de su planeta, pero la relación no prospera. En *Voyager*, Roddenberry, ya muerto, no llegó a ver plasmado uno de sus sueños: una mujer comandante. Pero el Voyager no es una nave común y la serie tampoco. Es una especie de parodia de las anteriores y en Estados Unidos es llamada "el descarte". En su primera misión se perdieron y terminaron en el Cuadrante Delta, a 70 años luz de la Tierra. Kathryn Janeway prometió a su tripulación que regresarían a la Tierra, aunque los que lo lograran fueran las generaciones siguientes, y la gente confía en ella. Inteligente, decidida y reflexiva, es considerada una de las mejores de la flota. No en vano ha sido comparada con Picard por los trekkies (fans). Pero en el Voyager hay otra mujer que se las trae y cuya presencia aporta un nuevo ingrediente: la colaboración y admiración entre dos mujeres, ella y la comandante, para guiar la nave: es B'Elanna Torres, ingeniera maqui que Janeway suma a la tripulación no sin dudar. Brillante, semiklingon y semihumana, tiene un temperamento intenso y difícil de controlar.

En *Star Trek* no hay baños, cocinas, hijos ni amores duraderos. Es un mundo pretendidamente acuariano, utilizando una guía new age: el amor universal se entrega y se recibe entre todos, hay camaradería y compañerismo. Pero los deseos no están ausentes sino contenidos, por el bien de los objetivos finales, y por esa idea trillada y absurda de que un amor latente mantiene en vilo a la audiencia. ¿A dónde iría a parar la Enterprise-D si Picard y Crusher se escaparan unos meses a un planeta paradisíaco a vivir su idilio? Riker y Troi se harían cargo de la nave y quizá la sangre volvería a correrles por las venas.

TREKKIES

Es imposible que una serie logre estar más de treinta años en la pantalla sin un público fiel. Esos son los *trekkies*, que formaron clubes y asociaciones en todo el mundo y sobre quienes acaba de ser estrenado en mayo en Estados Unidos un documental. En la Argentina ese club se llama *Starbase Tango* y existe desde hace tres años. Primero fueron 4 o 5 delirantes en un café y hoy son más de 2700. A ellos también parece haberles llegado la equidad hombre-mujer: se vienen las elecciones y todo indica que el actual presidente –hombre, *of course*— será reemplazado por alguna de las dos mujeres que prácticamente centralizan las actividades: Rosa Lacuadra y Concepción García. La primera es una fanática de *La nueva generación,* le encanta Picard. Para Concepción, en cambio, blonda y alta, el amor platónico es por el capitán Kirk. Les gusta la serie por su espíritu, por el coraje de hacerla con la indiferencia inicial de la NBC, por los ideales de Roddenberry, porque hoy les ven a los capítulos símbolos que no percibían a los 10 años. "Roddenberry creyó que el ser humano sería capaz en el futuro de conocer personas de otros planetas, pero fundamentalmente creyó que podría convivir con otras razas, otros idiomas, y que los hombres y las mujeres serían iguales en todo." El secreto de los *trekkies* es ser los últimos románticos.

El platónico

POR M.D.

"No le pongamos nombre a lo nuestro, somos compañeros de ruta." Con él las cosas empiezan así, sin definiciones pero con cierto exceso de lugares comunes, un regusto a poesía rancia que en algunos momentos se nos ocurre néctar y en otros empalagoso merengue. Pero eso sólo sucederá demasiado tarde, cuando sus redes nos envuelvan hasta la asfixia. Y él nos deje ahí, atrapadas, mirándonos desde la inconmensurable distancia del abrazo que se desea y no se da. Porque si de algo puede hacer gala este señor, es de una estricta economía de caricias. Es más, probablemente nunca pasará de ese cariño sincero que, como un cigarrillo o un mate, no se le niega a nadie. Pero claro, él llegó hasta nosotros por algún desvío, jamás por esa simple fórmula llamada *cuando un hombre conoce a una mujer*. No, él nos conquista con cierto valor agregado que sólo una percibe, una fibra sensible en su alma, su particular mirada, la literatura que comenta, ese gusto cinematográfico tan a ritmo con nuestro latido. Y así empieza la relación. Por otra cosa. Y crece. Alentada por la postergación infinita que siempre encuentra la yerba necesaria para no pasar a los hechos. Puede ser que esté casado y se presente como un hombre sincero incapaz de mentir,. Que haya empezado a caminar la vía del budismo zen y crea que necesita reservar su energía sexual para algo más elevado, o acaso forme parte de esa rara tribu que piensa que el sexo es poco higiénico y muy peligroso. Lo cierto es que de eso, ni hablar. Pasarán las tardes en lánguida contemplación de los patos de la Costanera Sur, la salida de la luna, noches de borrachera, intercambio de escritos, discos y otro tipo de obras de arte de manufactura propia. Mágicas horas que harán crecer la certeza de haber encontrado un alma complementaria, la pieza que nos faltaba en el rompecabezas de la vida. Y también ese que nunca nos dará lo que deseamos y por eso el deseo será infinito. Siempre y cuando no fallezcamos antes de *embolia láctea*, un efecto colateral típico de los amores platónicos. Y él, ¿qué es lo que quiere? ¿Sentirse el último huevo del picnic? ¿Será que oculta alguna vergüenza, alguna mala performance de la que nunca se recuperó? Imposible saberlo. El jurará y jurará que nos ama desde el fondo del corazón o que nadie en el mundo le acerca mejor la certeza de no estar solo en esta vida o que somos almas gemelas pero de *eso*... ni hablar. Es demasiado sensible para como meter los pies en el fango de la pasión, demasiado etéreo como para sufrir los dolores de la carne. Tal vez esté enamorado de sí mismo, tal vez del amor o del amor al arte. Pero la vida no está como para andar indagando en tales laberintos, el platónico puede guardarse su preciada joya. Nosotras sabremos, al fin y al cabo, cómo hincar el diente en alguna otra fruta menos mágica, pero seguro, mucho más sabrosa.

por Moira Soto



Los cuentos de LAS TIAS

En uno de los poquísimos cafés de Buenos Aires que resisten tenazmente la modernización (es decir, mesas de fórmica, plantas de plástico, sillas tapizadas en gris y rosa, etc.), desde hace cuatro años Marta Lorente, después de que el mozo toma el pedido, hace lo propio con los espectadores que han acudido a escucharla: va por las mesas del salón Alfonsina Storni preguntando qué cuentos les apetecen del menú literario que incluye a Clarice Lispector, Ana María Shua, Milan Kundera, Pablo De Santis, Inés Fernández Moreno, Rosa Montero ... El salón de marras está a mitad de camino entre las entradas de Avenida de Mayo y Rivadavia, y se llega a él después de atravesar el cuerpo central del café, muy concurrido a la hora de esta cita literario-teatral (los domingos a las 17.30), con sus mesitas circulares de auténtico mármol, sus confortables sillones (en el Alfonsina Storni, las mesas son de roble y las sillas de Viena), la boiserie intacta, los espejos biselados, los preciosos vitrales ... Un detalle digno de destacar es que, desde hace un par de años, ya no se sirve en el Tortoni el clásico jugo de paraguas largamente sufrido por sus fieles parroquianos, sino un riquísimo café expreso. En verdad, la única queja es para las raídas y escasas cortinas que separan el salón donde la narradora hechiza a su público con relatos, del bar propiamente dicho: unos metros de, por ejemplo, terciopelo bordó atenuarían ruidos de vajilla y conversaciones del otro sector.

Marta Lorente es una de las seis narradoras que (junto con un narrador) empezaron hace doce años con esta historia de contar historias, de acercar textos literarios al público interpretándolos cada una en su estilo. Estas herederas de los rapsodas de la Antigua Grecia –recitadores que iban de pueblo en pueblo diciendo fragmentos de poemas épicos– y de tantos contadores de mitos y leyendas que han contribuido a mantener vivas diversas culturas, siguen siendo en su gran mayoría mujeres. Empezaron cual juglares en plazas, siguieron en librerías, se extendieron a bares y espacios específicamente teatrales con sus cuentos firmados por escritores de distintas épocas y latitudes, sin excluir los relatos anónimos.

De este modo, un oficio tradicionalmente masculino a través del tiempo, se ha vuelto femenino al menos en nuestra ciudad, no ya para transmitir oralmente narraciones de un pasado mítico, sino para exaltar, dar nueva vida a textos de origen literario que no fueron creados para la escena teatral. Las numerosas narradoras –entre ellas, Ana María Bovo, Ana Padovani, Juana La Rosa– recuperan en algún punto la cultura doméstica de madres, abuelas, tías, cuidadoras que siempre han contado cuentos para entretener a los chicos, para ayudarlos a conciliar el sueño. "En esta tradición, la palabra es de la mujer: de ahí la expresión lengua materna", dice Marta Lorente, que además de *A pedir de boca*, en el Tortoni, *Gente que cuenta* en Finis Terra, talleres y la edición del diario *Cuentos al día*, ha estrenado recientemente *Para ponerse colorado* (foto) en la librería Clásica y Moderna (sábados a las 18.30). Una selección de cuentos eróticos entre los que resplandece por sus valores literarios y por la actuación de la narradora, *Ver*, de Tununa Mercado. Este espectáculo tiene un definido punto de vista de mujer, incluso en la elección de los separadores entre cuento y cuento: fragmentos relativos al erotismo femenino del *Kamasutra* y *El jardín perfumado para el reposo de la mente*.